

Dominación inka, ideología y espacio en la Huerta de Huacalera, provincia de Jujuy, Argentina

Autor:
Leibowicz, Iván

Tutor:
Palma, Jorge Roberto

2006

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Antropológicas

Grado

TESIS 12-2-18

TESIS 12-2-18

FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS	
Nº 324.349	MESA
16 FEB 2006	
Agr.	ENTRADAS

TESIS DE LICENCIATURA
EN CIENCIAS ANTROPOLOGICAS,

ORIENTACION ARQUEOLOGIA

DOMINACION INKA, IDEOLOGIA Y

ESPACIO

EN LA HUERTA DE HUACALERA

PROVINCIA DE JUJUY,

ARGENTINA

ALUMNO: IVAN LEIBOWICZ

DIRECTOR: JORGE PALMA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibilotecas

Introducción

La construcción de estructuras y la producción y reestructuración del espacio socialmente construido fue uno de los medios de crear, legitimar y testimoniar su poder que adoptó el Imperio Inka. Es objeto de este trabajo analizar esta problemática en el sitio La Huerta, Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy, donde al momento de la conquista, alrededor del año 1410 D.C., el Imperio reconstruyó y resignificó el paisaje como una forma de articular el proceso de dominación.

Es por ello que creemos que la inclusión del análisis del espacio es necesaria a la hora de interpretar y explicar los diversos procesos sociales que atraviesan una sociedad. La relación dialéctica entre espacialidad y relaciones sociales no puede ser pasada por alto en cualquier investigación sobre una sociedad, sea esta situada en cualquier tiempo o lugar, y contemplando siempre sus características históricas particulares.

Consideramos entonces que la comprensión del arreglo espacial del sitio La Huerta durante el Periodo Tardío, cuya extensión temporal va desde el año 900 D.C. hasta el 1410 D.C., es fundamental para comenzar a entender que forma adoptó el proceso de dominación inkáico, el cual culmina en 1536 D.C., en cuanto a la construcción del paisaje social y de que forma la manipulación ideológica de la cultura material funcionó como estrategia de legitimación del control ejercido por el Imperio sobre las sociedades conquistadas.

Intentaremos establecer, tomando en cuenta el análisis de las propiedades visuales de las estructuras, su distribución espacial y la superposición de eventos constructivos, el modo en que la construcción de un nuevo paisaje social articuló el proceso de dominación y control inka en el sitio La Huerta. A su vez trataremos de comprender cómo y en qué magnitud esta nueva espacialidad impactó en las percepciones que tenían sobre ésta las poblaciones conquistadas. Entender la forma en que el Imperio introdujo una nueva forma de vivir y experimentar el paisaje.

Es importante destacar que las investigaciones en este sentido han encontrado numerosos obstáculos debido a que, por la perturbadora presencia inkaica, la visibilidad arqueológica de las instalaciones del Periodo Tardío se encuentra disminuida. Las remodelaciones, arquitectónicas y espaciales, que sufrieron los sitios del periodo de Desarrollos Regionales bajo la dominación imperial dificultan la tarea de entender como eran éstos antes de la llegada de los inkas a la Quebrada de Humahuaca. Creemos que este tipo de dificultades ha conspirado para que este tema haya sido analizado en pocas oportunidades en el país, y en la región en particular.

Este trabajo se encuentra inserto en el marco del proyecto UBACYT F 010 "Patrimonio arqueológico e identidad: la microrregión de Huacalera, Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy" dirigido por el Dr. Jorge Palma. Este proyecto, que cuenta con mas de diez años de trabajo, representa hasta ahora, el último eslabón de una serie de investigaciones que lleva, con interrupciones, casi un siglo en la microrregión de Huacalera y particularmente en el sitio La Huerta (Debenedetti 1918; Bennet *et. al.* 1948; Lafón 1956; Raffino 1988; Palma 1993, 1998, 2000).

Como primer punto situaremos al lector en el marco geográfico y ambiental en que esta investigación se lleva a cabo. Posteriormente daremos cuenta de los conceptos teóricos que guían este trabajo y analizaremos la espacialidad inkaica, como una característica clave de la expansión imperial. A continuación realizaremos un recuento de las investigaciones arqueológicas que se han llevado adelante en el sitio La Huerta a lo largo de la historia, para luego dar lugar a la metodología empleada, los trabajos en el campo y su posterior análisis y discusión.

Marco ambiental y geográfico

Sobre el extremo este y sudeste del macizo puneño se eleva el sistema montañoso de la Cordillera Oriental. Este sistema orográfico está compuesto por cadenas conformadas por elevados picos que corren predominantemente en una orientación Norte-Sur. Estos cordones son atravesados por diversos y profundos valles, quebradas y bolsones.

La Quebrada de Humahuaca (Figura 1), la mayor en su tipo dentro de este sistema, es recorrida por el Río Grande de Jujuy, formando un estrecho valle de entre 2 y 3 km. de ancho, que se extiende por 150 km. Se considera como extremo norte de la quebrada el punto donde confluyen el río Cóndor con el de La Cueva para formar el río Grande, en las cercanías de la localidad de Iturbe ($22^{\circ}55'$ Latitud Sur) y como extremo sur la ciudad de San Salvador de Jujuy ($24^{\circ}10'$ Latitud Sur).

Corre entre cordones montañosos con alturas superiores a los 4000 m.s.n.m. al oriente y 5000 m.s.n.m. hacia el occidente. Estos son las serranías de Tilcara y Zenta por el Este y las sierras de Aguilar, Malpaso y Chañi en el Oeste. Las laderas occidentales son menos abruptas y empinadas que las orientales, dando lugar a quebradas laterales más largas y de menor pendiente como Yacoraite, Juella, Huichairas y Purmamarca, mientras las quebradas orientales como La Huerta y Calete cuentan con una extensión menor y una mayor inclinación, al tiempo que albergan cursos de agua rápidos y agresivos.

En cuanto al clima de la región, este es del tipo continental semidesértico. Las precipitaciones son escasas y se concentran en el período estival. El 80% de las lluvias se da entre diciembre y marzo alimentando el caudal del río Grande y su cuenca. Es notable observar como las precipitaciones disminuyen en dirección Sur-Norte y a medida que la altura aumenta. Mientras que en Volcán las lluvias alcanzan los 313 mm. Anuales, en Tilcara y Humahuaca éstas llegan a los 302 mm. y 141 mm. respectivamente (Difrieri 1978).

Por otra parte es destacable en la región el fenómeno de la gran amplitud térmica diaria. Esta va desde los 15°C en enero a los 23°C en julio, esto es producto de temperaturas absolutas que llegan a extremos de 45°C y -3°C. La temperatura media es de 15°C en Tilcara y 12.8°C en Humahuaca. Predominan los vientos del Sur durante el verano, mientras que en el invierno son los del Norte los que cobran mayor protagonismo.



Figura 1: Imagen satelital del sector medio de la Quebrada de Humahuaca

Es característico de la Quebrada de Humahuaca el importante desnivel que presenta entre sus extremos. Desde la altura de 1258 m.s.n.m. en que esta situada San

Salvador de Jujuy se llega a Iturbe la cual se encuentra a los 3343 m.s.n.m. Este gran cambio altitudinal determina la presencia de dos ecosistemas distintos. La parte Sur de la quebrada desde San Salvador hasta la localidad de Volcán a 2078 m.s.n.m corresponde a la *yunga*, mientras que desde Volcán a Iturbe el ecosistema es la *q'eshwa*.

Este último ecosistema es el que encontramos en la microrregión de Huacalera (Figura 2), que es donde se concentran nuestras investigaciones. La *q'eshwa* ocupa las secciones media y superior de la Quebrada de Humahuaca, donde la altura sobre el nivel del mar varía entre los 2000 y 3000 metros. Es aquí donde este corredor es más estrecho y profundo y donde se forman los llamados “angostos”. Estos son grandes estrechamientos del valle, provocados por resistentes afloramientos de rocas paleozoicas, entre los que podemos destacar el Angosto de Perchel y el Angosto Chico.

Encontramos en esta zona los denominados “volcanes”, éstos son enormes conos de deyección producto de los sedimentos arrastrados por las fuertes lluvias de verano que se depositan en las desembocaduras de torrentes y quebradas.

Los conos de deyección son formaciones naturales que ofrecieron a las poblaciones humanas un lugar a resguardo de los aludes de barro para su instalación (Palma 1998).

La vegetación de la *q'eshwa* en esta zona esta compuesta por árboles y arbustos como el algarrobo (*Prosopis alba*, *Prosopis nigro*), arca (*Acacia visco*) y matorrales de molle (*Schinus molle*) en el fondo de la quebrada. Por su parte en las laderas encontramos especies propias de la estepa arbustiva como chilca (*Baccharis bolivianensis*), tusca (*Acacia aroma*), tolilla (*Fabiana densa*), añagua (*Adesmia horrida*), chachacoma (*Proustia cuneifolia*), y rica-rica (*Acantholippia hastulata*) y cardones columnares (*Trichocereus pasacana*) y candelabros (*Trichocereus tereshaldi*). A su vez en los conos de deyección anteriormente mencionados la flora esta compuesta por añagua, tolilla, algarrobo, palán palán (*Nicotiana glauca*), churqui (*Prosopis ferox*) y formaciones de cardones (*Trichocereus volcanensis*).

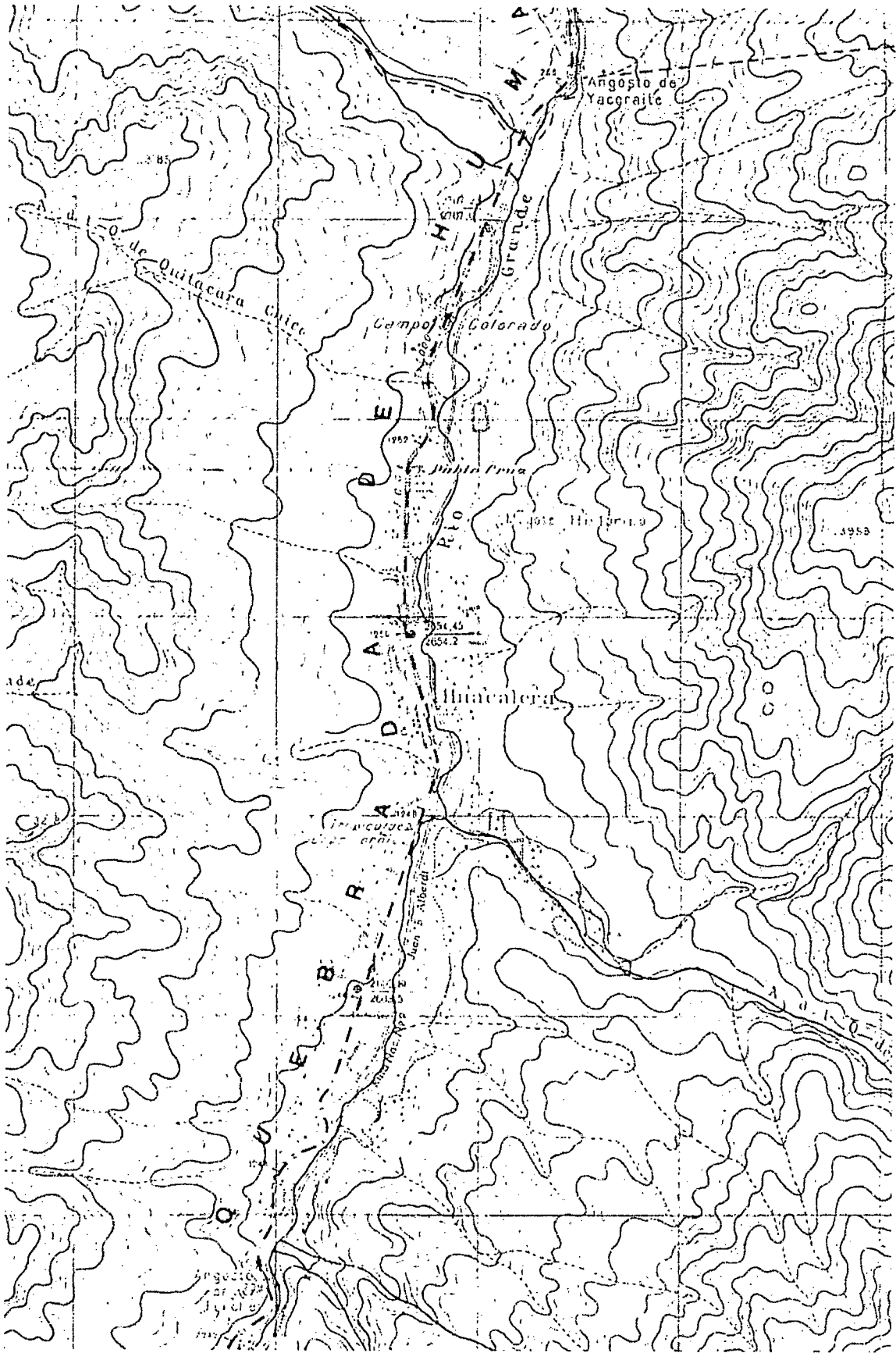


Figura 2: carta topográfica IGM 2366-29-1. HUACALERA. Escala 1:50.000

Entre los animales que habitan en la zona encontramos camélidos como llama (*Lama glama*), guanaco (*Lama guanicoe*), vicuña (*Vicugna vicugna*), cérvidos como la taruca o huemul del norte (*Hippocamelus antinensis*), y roedores como la vizcacha de la sierra (*Lagidium lockwodi*), chinchilla (*Chinchilla brevicaudata*), choschori (*Octadontimys gliroides*) y cuy (*Coendou spinosus*). Entre los carnívoros podemos destacar al puma (*Felis concolor*), gato montés (*Orifelis geoffroyi salinarum*), gato lince (*Oreailurus jacobita*), gato del pajonal (*Lynchailurus pajiros colocolo*), zorro (*Vulpes vulpes*), armadillo (*Chaetophractus villosus*). Entre las múltiples especies de aves, entre las que hay patos y perdices se destacan el gran cóndor andino (*Vultur gryphus*) y el suri (*Pterocnemia pennata*).

Las propiedades de la *q'eshwa* como ecosistema, dan cuenta su amplio potencial para la ocupación humana. Cabe destacar que es aquí donde se emplazan la mayoría de los sitios arqueológicos de la región.

Marco Teórico

Se ha considerado que la ideología Inka, su religión, fundamentalmente lo referente a su concepción de herencia partida y su construcción de identidad fue la motivadora del expansionismo e inspiradora de su explosivo crecimiento. Esta particularidad los aventajó y diferenció por sobre otros pueblos vecinos, que se encontraban, en ese mismo momento, en igualdad de condiciones (Conrad y Demarest 1984). Consideramos, de esta manera y de acuerdo con Sinopoli (1994), a la ideología como generadora de relaciones asimétricas de poder, como motor de la expansión imperial, y como legitimadora de la dominación.

Creemos entonces, que la ideología es un componente fundamental en nuestro análisis de la dominación inkaica en la Quebrada de Humahuaca. Ya que a través de la construcción de estructuras y la reestructuración y resignificación del espacio, es su ideología lo que el Imperio Inka intenta imponer.

La tendencia del filósofo marxista francés, Louis Althusser, de dar mayor importancia a las relaciones sociales de producción que a las fuerzas de producción, inspiró a Godelier a rechazar la noción de Marx de que las relaciones económicas eran una causa primordial del cambio (Trigger 1993). De esta manera a diferencia de las concepciones marxistas tradicionales, la superestructura, es decir la ideología, la religión, la política o las relaciones de parentesco, según el caso que estemos observando, se encuentra al menos al mismo nivel de lo que se entiende por infraestructura, la base económica, las fuerzas y las relaciones de producción. Es fundamentalmente en las sociedades precapitalistas donde las relaciones de producción pueden presentarse bajo la forma de relaciones de parentesco o de relaciones de subordinación política o religiosa y la reproducción de estas relaciones de producción pasará, entonces, por la reproducción de estas relaciones de parentesco o de subordinación política o ideológica (Godelier 1976). Entonces las relaciones de parentesco funcionan también como marco social de la producción y de los intercambios como relaciones de producción (Godelier 1987). Como explica Godelier (1980) al analizar el papel de la religión en el estado Inka “no es solamente un reflejo de

las relaciones sociales, sino una condición de su formación que llega a constituir parte de la armazón interna de las relaciones de producción y explotación”

¿Pero qué entendemos como ideología? La concepción utilizada en este trabajo se encuentra muy cercana a la propuesta por Leone (1983:372) donde considera como ideología a las ideas sobre naturaleza, causa, tiempo y persona o aquellas cosas tomadas por una sociedad como dadas, al tiempo que estas ideas sirven para naturalizar e incluso enmascarar desigualdades sociales y reproducir el orden social. Esta naturalización de las desigualdades se encarga de mostrar a los intereses de un determinado grupo, aquel que detenta el poder, como los de la sociedad toda. A la vez que la ideología dominante funciona también a otro nivel, como integradora y reafirmando la identidad de la clase que la promueve, asegurando la cohesión y reproducción de aquella que se beneficia con estas desigualdades, mistificándola (Mc Guire 1988). Por consiguiente observamos como todos los sistemas de dominación descansan en tales no reveladas y aun negadas contradicciones (Warnier 2001).

Observamos de esta manera que la ideología tiene un rol activo en la reproducción de las relaciones sociales. Asimismo consideramos a las ideologías como plásticas, transformándose continuamente a sí mismas. La ideología funciona como motor de cambio en primera instancia, siendo luego legitimadora y conservadora del nuevo orden conseguido y constantemente manipulada por los grupos que detentan posiciones de poder.

Como explica el antropólogo Santiago Castro-Gómez “Se rompe con la visión de Marx según la cual, las ideas dominantes expresan posiciones fijas de clase al interior de la estructura social. Lo que se destaca ahora es el hecho de que una ideología no se hace dominante por el simple hecho de reflejar los intereses de una clase, sino que su ascendencia es un proceso contingente de lucha por el poder de imputar sentido. En otras palabras, y como también lo diría Gramsci, para Althusser la ideología es el campo de lucha por la conquista de la hegemonía en el terreno de las representaciones simbólicas, es decir, de la cultura”.

No hablamos, entonces, de ideología como de falsa conciencia, en una perspectiva clásica marxista. La ideología representa en efecto, a la realidad, entendiendo a esta última como la manera en que un sujeto social vive sus relaciones con el conjunto de la sociedad, como se relaciona con las relaciones de producción dominantes (Eagleton 1997: 39-40). No parece existir falsedad en esta relación entre las vivencias e ideas sociales de un sujeto. Vemos entonces que lo que esta ideología enuncia puede estar cargado de verdad o no, es irrelevante en realidad. Como explica Slavoj Žižek en su análisis de la ideología:

“lo que realmente importa no es el contenido afirmado como tal, sino el modo como este contenido se relaciona con la posición subjetiva supuesta por su propio proceso de enunciación. Estamos dentro del espacio ideológico en sentido estricto desde el momento en que este contenido – “verdadero” o “falso” (si es verdadero, mucho mejor para el efecto ideológico)– es funcional respecto de alguna relación de dominación social (“poder”, “explotación”) de un modo no transparente: la lógica misma de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva”

(Žižek, 2003, p. 1)

Intentaremos entonces, alejados de las nuevas tendencias teóricas postmodernas surgidas en los países del primer mundo, las cuales focalizan su análisis en una agencia individual extrema (p.e. ver Meskell 1996), analizar no acciones individuales sino las prácticas de mucha gente en el marco de negociaciones sociales (Pauketat 2000).

De igual modo consideramos, lejos de las posiciones neopositivistas de la Nueva Arqueología, al cambio social como interno a las poblaciones que estudiamos y no como determinado por circunstancias de tipo ecológico-ambiental (Binford 1988; Kelly 1995.) No creemos que detrás de las elecciones de las personas, sean éstas del tipo que fueren, encontremos solo comportamientos adaptativos o calculadas ecuaciones en pos de obtener el mayor beneficio con el menor costo.

A pesar de no haberlo mencionado hasta aquí, no desconocemos que como correlato para todas estas estrategias de dominación existen por parte de aquellos que sufren estos procesos, acciones que intentarían resistirlas o contrarrestarlas. Estas son las

acciones que Michel De Certeau (1984) llama tácticas, una forma de resistencia cotidiana que se contrapone a las estrategias que surgen desde los distintos poderes. Estas tácticas se ven representadas en los modos en los cuales los dominados adaptan los espacios de dominación y buscan crear dentro de estos, espacios para sí mismos, aunque estos solo sean temporarios (De Certeau 1984).

Aclarado brevemente, este punto debemos manifestar, que estas tácticas de resistencia que pudieran ser utilizadas o no por parte de aquellas poblaciones dominadas por el Imperio Inka, no serán motivo de análisis en este primer acercamiento a esta problemática. Sin embargo no descartamos que este tópico forme parte de nuestra agenda académica en un futuro cercano.

Podemos decir entonces, en cuanto al marco teórico de este trabajo, que si bien nos nutrimos de ciertas corrientes marxistas, fundamentalmente del neomarxismo estructuralista de los antropólogos franceses, no pretendemos hacer un acercamiento dogmático al mismo ni encontrarnos encorsetados por sus presupuestos teóricos. Pretendemos tomarnos cierta libertad que nos permite abreviar de otras escuelas dentro de lo que llamamos arqueología postprocesual así como de otros pensadores cuyos aportes a la teoría social los encontremos útiles y significativos.

Asimismo se nos hace imposible omitir que la práctica arqueológica no puede ser vista como objetiva, liberada de cargas ideológicas y fuera del contexto social que la genera. Podemos observar cada día como el investigador se encuentra condicionado, en sus análisis del pasado, por sus percepciones sobre la realidad social en la que vive y se mueve, por sus condiciones materiales de existencia. De esta manera la ciencia no es neutra ni socialmente impoluta sino que es una actividad orientada políticamente. No se trata sólo de que la ciencia sea una parte misma de la cultura, sino que además se encuentra sujeta a intereses políticos y económicos (Leone 1998). Se nos presenta como evidente, entonces, que el arqueólogo interpreta el registro y construye su visión del pasado, la historia, desde sus ideas políticas, económicas, sociales del presente.

Por otra parte, pretendemos en este trabajo, aunque imaginamos sin un total

éxito, liberarnos de ciertos preconceptos arqueológicos, de ciertas construcciones sobre el pasado que se encuentran como dadas e incuestionables en la Arqueología Argentina. Funciones asignadas a estructuras arquitectónicas, tipologías cerámicas, cronologías, e incluso procesos sociales a escala regional son tratados en múltiples ocasiones como marco de referencia incuestionable, dejando a un lado la posibilidad de un fructífero acercamiento crítico. Tal vez sea momento de no atarse a estos modelos, muchas veces contruidos con una limitada base empírica, de tratar de acomodar la evidencia arqueológica en sus estrechos casilleros e intentar pensar el pasado sin algunos de estos condicionamientos (Hodder 1986).

Finalmente, no es el objetivo de este trabajo el descubrimiento de ninguna ley o generalización acerca de cómo se manifestó el proceso de conquista y dominación a lo largo y lo ancho del *Tawantinsuyu*. Pretendemos tan solo explorar este caso histórico y particular, con sus cualidades intrínsecas. Este podrá darnos pistas, indicios, ya mas nunca precisiones de cómo se desarrollaron procesos similares en otros contextos espacio temporales. Es por ello que se torna fundamental para este análisis que comprendamos la especificidad histórica del paisaje (Thomas 2001). Como argumenta el sociólogo francés Henri Lefebvre:

“every society in history has shaped a distinctive social space that meets its intertwined requirements for economic production and social reproduction”

(Lefebvre 1985 en Hayden 1997: 114).

Creemos entonces, que existe una relación particular entre determinadas formaciones económicas y sociales y el tipo de edificaciones y espacialidad que ellas producen (King 1984).

La espacialidad en arqueología

Dado que los análisis arquitectónicos que se han llevado a cabo en el sitio han sido hasta el momento casi totalmente técnicos, como la medición de los recintos y el levantamiento de planos (Raffino y Alvis 1993), nos proponemos analizar la arquitectura de La Huerta desde otra perspectiva. Consideraremos a este análisis no solo como el de las paredes de los edificios u otros rasgos arquitectónicos, sino que tomaremos en cuenta, sobre todo, el espacio que las construcciones generan, considerándolo como la realidad en que se concreta la arquitectura (Zevi 1951). Es a partir de esto que deseamos alejarnos, en la medida que sea posible, de un acercamiento meramente funcional de la arquitectura y el espacio. De solo remitirnos a la elaboración de tipologías descriptivas. Por el contrario pretendemos analizar la producción del espacio históricamente, observando como las luchas por el poder se imprimen en el planeamiento, diseño, construcción y uso así como en la demolición o destrucción de los edificios (Hayden 1997: 123)

Debemos comprender que el espacio no es solo un contenedor de las acciones humanas, el telón de fondo o la escenografía de la vida social. Los lugares, paisajes donde se llevan a cabo determinadas prácticas sociales o donde se plasman ciertas relaciones sociales son parte constitutiva de las mismas. De esta manera la espacialidad y las acciones y relaciones sociales se constituyen en una relación dialéctica. Estas últimas moldean paisajes al tiempo que la espacialidad produce y reproduce relaciones sociales, prácticas e identidades (Soja 1989).

Es necesario destacar que este espacio se encuentra ideológicamente construido para afectar la percepción que se tiene sobre el mismo (Acuto 1999a), siendo la construcción de estructuras un acto político e ideológico (Miller y Tilley 1983; Shanks y Tilley 1987). De esta forma las contradicciones y tensiones sociopolíticas particulares de cualquier sociedad en la historia se manifiestan espacialmente (Lefebvre 1985 en Hayden 1997). Las luchas por el poder, por imponer discursos, percepciones, modos de entender el mundo, tienen su correlato espacial. Se trata de generar espacialidades que produzcan y reproduzcan relaciones de control y dominación.

El espacio da forma a la reproducción social. Así entendemos al espacio como un producto material de la acción humana que no puede ser experimentado de una forma neutral o inocente (Thomas 1993). Es un producto social, consecuencia de la transformación colectiva humana de la naturaleza (Cosgrove 1984). Así lejos de conductas pasivas y meramente adaptativas, la gente se comporta de manera activa en el espacio, ordena, transforma, se identifica y memoriza paisajes (Ashmore y Knapp 1999).

Por otra parte, los paisajes, los edificios tienen la capacidad de producir y difundir significados, están cargados de sentidos a la vez que representan un pensamiento, una ideología particular. Podemos entenderlos entonces como un sistema de significación a través del cual la sociedad se reproduce y transforma (Tilley 1994). El significado se produce a través del funcionamiento dinámico de las relaciones entre personas, cosas y lugares (Thomas 2001: 180). Observamos claramente entonces como el espacio es fundamental en cualquier forma de vida en sociedad, es fundamental en todo ejercicio de poder. La repetida concurrencia a lugares, a espacios creados a través de la arquitectura, genera rutinas y colabora en la reproducción social (Thomas 1993).

Cosgrove (1984) sostiene que el paisaje es un concepto ideológico que:

“represents a way in which certain classes of people have signified themselves and their world through their imagined relationship with nature, and through which they have underlined and communicated their own social role and that of others with respect to external nature”

(Cosgrove, 1984, p. 15)

El espacio del paisaje es cultural y natural al mismo tiempo; conecta valores, modos de percepción y representación, experiencias, artefactos, historias, historias naturales, sueños, identidades, narraciones recuerdos (Shanks 1990). Así vemos como los sujetos se constituyen tanto espacial como materialmente y el espacio se convierte en un lugar para la producción y consolidación de significados (Thomas 1996). El ambiente construido se vuelve, entonces, una expresión de procesos y estructuras

mentales culturalmente compartidas (Lawrence y Low 1990: 468)

El tránsito cotidiano, así como el de tipo ocasional o estacional, de los seres humanos por un determinado espacio delineado socialmente genera y reproduce relaciones sociales que incluyen formas particulares de comprender, observar, sentir el mundo que los rodea. Determinadas espacialidades atravesadas por conceptos ideológicos producen y guían determinadas formas de experimentar el espacio material.

Como señala Palma (2000) los asentamientos humanos configuran un paisaje socialmente construido que testimonia y legitima el ejercicio del poder en dicho espacio.

Teniendo en cuenta la constitución ideológica del espacio, podemos observar que la ideología como concepción del mundo se introduce en la vida práctica de las personas a la vez que construye y alienta su praxis social. La ideología y el poder no pueden pensarse sin una vinculación a prácticas sociales, y como componentes de la praxis humana que son, tienen su correlato material (Miller y Tilley 1983). La ideología se manifiesta en actos insertos en prácticas, y tales prácticas están reguladas por rituales los cuales se inscriben, en el seno de la existencia material de un aparato ideológico (Althusser 1988). O sea observamos la existencia material de la ideología plasmada en prácticas ideológicas, rituales e instituciones. Los elementos materiales son una manifestación de una determinada forma social a la vez que le dan forma a la misma (Dant 1999)

La ideología utiliza medios materiales para comunicarse, existe una necesidad de comunicar materialmente (Nielsen 1995), y la arquitectura es uno de ellos. Es más, podría considerarse uno de los indicadores más poderosos de la dominación, ya que las prácticas ideológicas involucran objetos, estructuras, monumentos y personas, y no sólo ideas (Nielsen y Walker 1999). La arquitectura se convierte en un medio de control social, es modelada por la ideología dominante al tiempo que es un instrumento clave en la producción social de significado (Moore 1996)

A su vez la cultura material es un elemento activo en las relaciones sociales y puede tanto reflejarlas como disfrazarlas. Puede bien entonces, la cultura material, ser utilizada por las elites para legitimar su autoridad. Por su parte De Marrais *et. al.* (1992) toman a la ideología como una fuente de poder social, siendo éste la capacidad de controlar y manejar el trabajo y actividades de un grupo, para acceder a los beneficios de la acción social.

De esta manera podemos ver como en el caso incaico la arquitectura representa el poder y la autoridad del Imperio, jugando un rol central en la expansión (De Marrais *et. al.* 1992), y se vuelve la mejor expresión simbólica de dominación a través de actos de fundación y refundación, más teniendo en cuenta que para los inkas dominar era sinónimo de edificar (Gallardo *et.al.* 1995).

Cabe aclarar que no pretendemos observar a la espacialidad o a las construcciones arquitectónicas como si solo representasen la materialización de una ideología o de determinadas relaciones sociales. De esta manera estaríamos otorgándole a la cultura material un status pasivo, como si fuera tan solo un mero reflejo de éstas, cuando a lo largo de esta líneas se la considera un componente activo en la constitución de sujetos sociales, dando forma a la experiencia, produciendo y reproduciendo relaciones sociales.

La expansión imperial y la construcción del paisaje en el Kollasuyu

El *Tawantinsuyu* contaba, al arribo de los españoles liderados por Francisco Pizarro, con una extensión de 1.700.000 km² (Figura 3). Ocupaba parte de los territorios de los actuales países de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina, fundamentalmente la región andina y la costa del Océano Pacífico. El territorio de este inmenso Imperio se encontraba dividido en 4 partes o *suyus*. Estas eran: el *Chinchaysuyu*, el *Antisuyu*, el *Cuntisuyu* y el *Kollasuyu*. Este último se extendía desde Cusco hacia el Sur, abarcando el Lago Titicaca y los territorios pertenecientes hoy a Bolivia, Chile y Argentina y era el más extenso de los 4 con una superficie de 800.000 km².

Se ha propuesto que el principal elemento que motivó la expansión incaica hacia los territorios meridionales como el noroeste argentino y el norte de Chile fue la riqueza minera de estas tierras, en lo que respecta tanto a metales como a piedras semipreciosas (González 1980; Raffino 1981).

González (1980) en su ya clásico trabajo donde analiza el patrón de asentamiento estatal, postula que la gran mayoría de los asentamientos inkas en el noroeste argentino fueron emplazados en o sobre sitios tardíos, adaptándose a las características locales. Se ha considerado, entonces que los inkas aprovechaban la centralización preexistente y montaban sus centros sobre los anteriores focos de autoridad nativa, siendo indispensable la imposición de ciertos elementos mínimos de urbanismo, para el crecimiento y sostenimiento de la sociedad estatal imperial (Morris 1973).

A partir de los conceptos teóricos vertidos anteriormente, observaremos como el Estado manipula y construye el paisaje articulando los procesos de dominación política y social. Esta es una característica en las conquistas del Imperio Inka a lo largo de su territorio, donde se observa que existe un concepto central en el trazado y planificación de los asentamientos, en los que la arquitectura transfiere un concepto, una ideología imperial (Hyslop 1990). La cognición Inka del paisaje fue embebida en una práctica

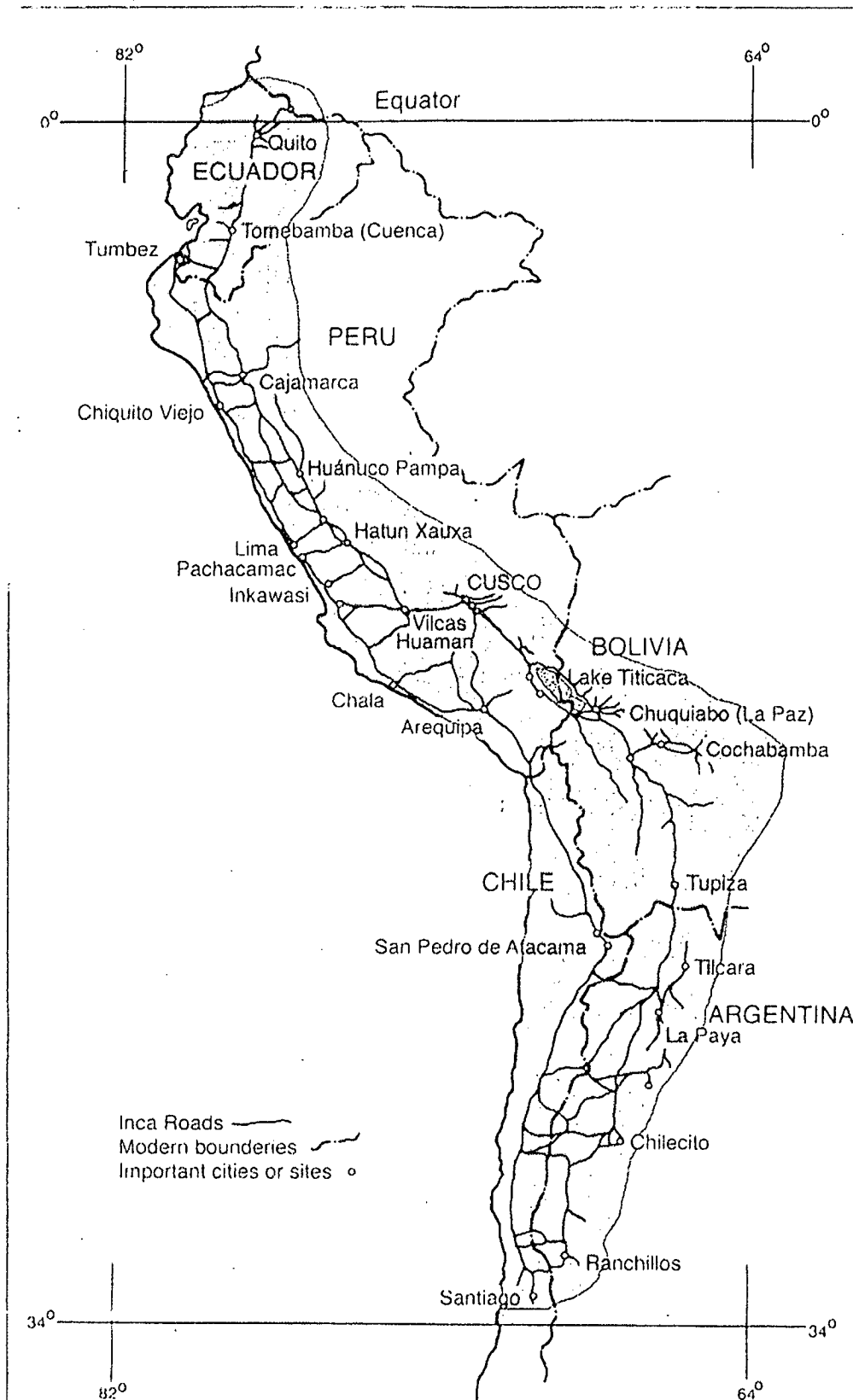


Figura 3: Territorios ocupados por el Imperio Inka a la llegada de los españoles. Extraído de Hyslop 1990.

controlada estatalmente, donde los urbanistas y artesanos eran hartos conscientes de hacer en los sitios representaciones de la ideología estatal (Van de Guchte 1999). Vemos entonces como a través del diseño de los sitios estatales se comunicaban preceptos políticos, religiosos y económicos generados en Cusco (Hyslop 1990).

Un claro ejemplo de este punto es el centro administrativo de Huánuco Pampa (Figura 4), ubicado en los Andes peruanos (Morris y Thompson 1985). Este sitio cubre un área de 2 km² y posee entre tres mil quinientas y cuatro mil estructuras visibles. La plaza más importante del sitio cuenta con inmensa superficie de 175.000 m², producto de sus medidas de 500 por 350 mts. La misma cuenta con un impresionante *ushnu*, una pequeña estructura de piedra situada en medio de la plaza, que era utilizada como trono del Inka durante ciertas ceremonias. Cabe destacar la ubicación central que tiene esta plaza dentro del espacio del sitio. La centralidad de las plazas, espacios donde se realizaban actividades rituales, se repite en los centros administrativos a lo largo de todo el Imperio.

Desde ésta plaza salen varios caminos siendo el más importante, el *qapacñan* que unía las ciudades de Cusco y Quito, atravesando la plaza en diagonal en dirección sudeste-noroeste, y aquel que dividía la ciudad en dos mitades Hanan (arriba) y Hurin (abajo). Otras dos calles subdividían el conjunto en cuatro sectores o *suyus* y se reproducía la clásica estructuración inkaica del espacio. De esta manera se estaría representando en este sitio la división de la ciudad de Cusco en mitades y *suyus*.

Huánuco Pampa es considerado junto a Quito, Tomebamba, Hatuncolla e Inkawasi de Cañete, uno de los llamados “Nuevos Cuscos”. Sitios donde utilizaban los mismos conceptos guía en la estructuración del espacio que en la capital del imperio. Estos centros administrativos provinciales reproducían la espacialidad y organización social cusqueña (Hyslop 1990, Morris 1987).

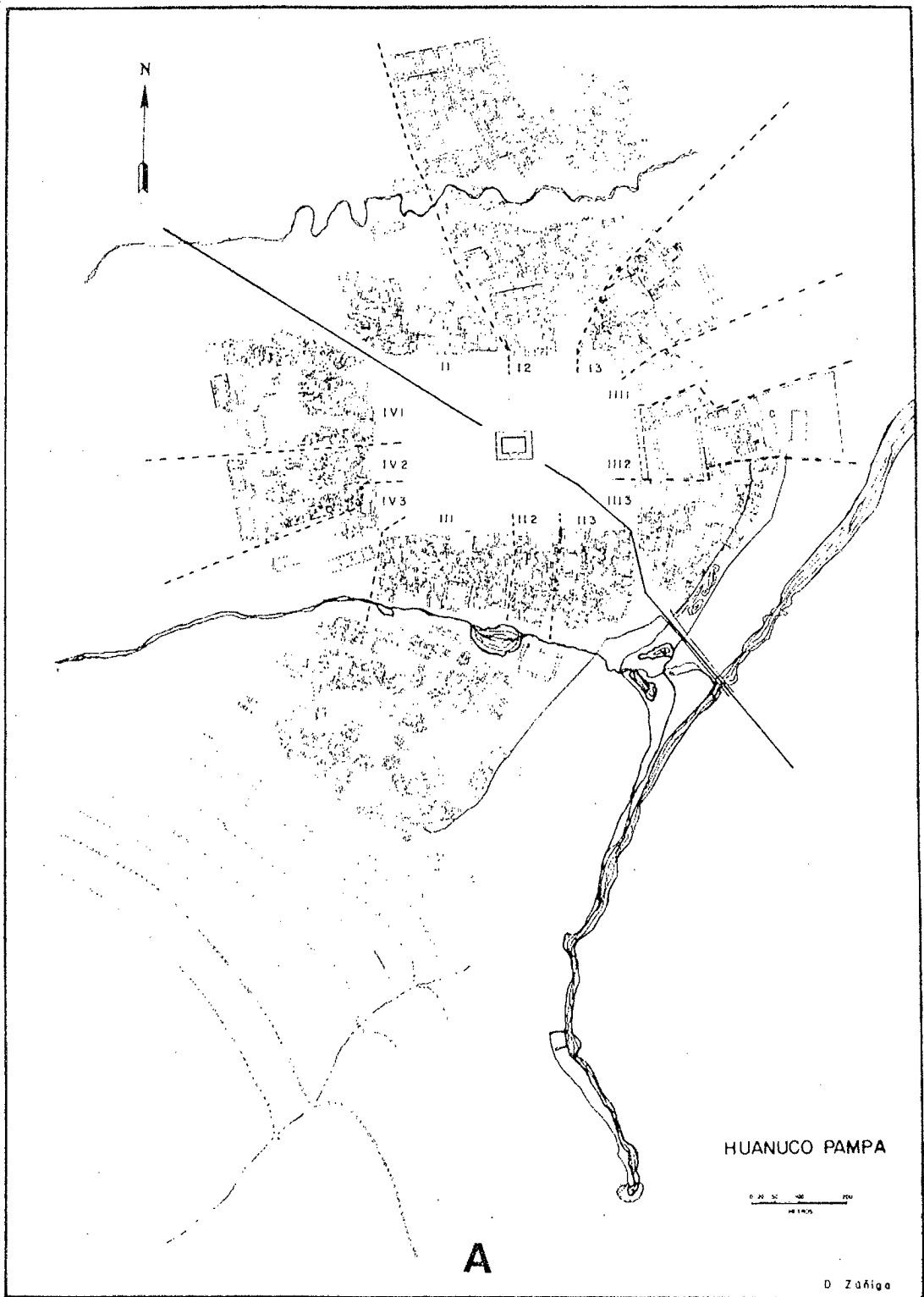


Figura 4: Plano del centro administrativo inka de Huánuco Pampa. Extraído de Bauer 1998.

Por otra parte el patrón radial de la arquitectura, característico de los inkas en sus asentamientos en las provincias, el cual se observa en Huánuco Pampa (Morris 1987) se encuentra presente en varios sitios inkas de importancia como Pumpu, Chucuito, Maucallacta e Inkawasi (Hyslop 1990). Este consiste en un centro, el cual puede ser un *ushnu*, en el cual convergen líneas de un círculo, marcadas por calles, caminos o edificios. (Plano de Huanuco Pampa)

A su vez es importante destacar que la apropiación del Imperio Inka de lugares de significativa importancia para las poblaciones locales ha sido una de las estrategias de dominación a lo largo de su territorio, tanto en las áreas centrales como en las más periféricas del *Tawantinsuyu* (p.e. ver Bauer y Stanish 2001; Cornejo 1999; Eeckhout 2004; Meyers y Ulbert 1997; Niles 1992; Rostworowski 1992).

Los inkas modificaron el espacio socialmente construido, la espacialidad de las innumerables y diversas poblaciones que incorporaron al Imperio de diferentes maneras. Este cambio afectó a los pueblos sometidos tanto a un nivel material como simbólico, al tiempo que el los inkas ajustaban sus procesos de dominación, adecuándose a cada situación en particular (Hyslop 1990). El *Tawantinsuyu* buscó reestructurar la experiencia espacial de los agentes dominados como una forma de control y dominación (Acuto 1999a), intentando imponer su cosmología e ideología (Acuto 1999b). Sin embargo en pocos casos se conocen las formas en que la dominación Inka afectó y modificó la organización social y la vida cotidiana de las comunidades colonizadas (Acuto et.al 2004).

Así los inkas desarrollaron distintas formas de dominación. Estas fueron desde la construcción de un paisaje nuevo y propio, en un área antes marginal para la población local y no en los centros más poblados, como en el Valle Calchaquí Norte (Acuto 1999a), hasta la instalación de un edificio de particulares características en el centro de un poblado conquistado, como lo es la Casa Morada de La Paya (Hyslop 1990). Por otra parte en el valle de Santa María, Catamarca se encontraría el centro administrativo inka de Fuerte Quemado. Este cuenta con, al menos, 6 patios con edificios inkaicos y se encuentra ubicado dentro de la antigua ciudad local y edificado

sobre un sector del sitio, sin destruir nada del asentamiento anterior (Hyslop 1990).

Fuera del noroeste argentino encontramos como referencia significativa para este trabajo al poblado prehispánico de Turi, situado en la cuenca superior del Río Loa, en el norte chileno (Cornejo 1999; Gallardo *et.al.* 1995) donde se da la apropiación por parte de los inkas, en el marco una ocupación local preexistente, de un sector de gran significación y prestigio para sus habitantes para construir allí las principales instalaciones imperiales. Este ultimo caso nos interesa al ser Turi al igual que, el sitio que nos ocupa, La Huerta, un poblado con ocupación anterior a la llegada de los inkas, con un tamaño e importancia considerables en su región y que fue profundamente modificado bajo el dominio de éstos. A su vez se encuadra dentro de la problemática que abordaré, ya que Cornejo analiza variables como la superposición de eventos constructivos y la resignificación que sufren ciertos sectores del sitio, especialmente los que revestían alguna clase de carácter sagrado, lo que podría estar dándose, también y de alguna manera, en algún sector de La Huerta.

Específicamente en la región de la Quebrada de Humahuaca, no podemos dejar de mencionar el caso de Los Amarillos (Nielsen 1995). Este es un sitio cercano a La Huerta que alcanzó su mayor tamaño durante el Período Tardío, el cual tal vez sólo pueda ser comparable, para este rango temporal y regional, al que pudo tener Tilcara. Allí la dominación inkaica se habría manifestado a través de un proceso que fue denominado por los investigadores que trabajaron en el sitio como conquista ritual (Nielsen y Walker 1999). Mediante este proceso el Imperio transformó, de un modo violento aunque de alguna manera ritualizado, un espacio de accesibilidad restringida y con un uso reconocido como ceremonial para el Período Tardío en un espacio de uso doméstico. Este espacio habría sido utilizado bajo el dominio inka por un grupo de posición social destacada. Consideramos valioso, por otra parte, el trabajo de Nielsen (1995), ya que es uno de los pocos donde se analiza la relación entre arquitectura y poder y escapa a un acercamiento simplemente tipológico y funcional.

La Quebrada de Humahuaca presenta como región integrada al *Tawantinsuyu*, características particulares y diferencias con otras partes del Imperio, tan diversas entre

sí, como pueden ser el norte de Chile, Andamarca Lucanas en Perú, el Valle Calchaquí Norte, sur de Bolivia o el Bolsón de Andalgalá en Catamarca (Acuto 1999a; Lynch 1993; Raffino 1988; Schreiber 1993) en cuanto a la manera en que los inkas construyeron o modificaron su espacialidad. En estas otras regiones los inkas prefirieron localizar sus centros administrativos cerca, pero no realmente dentro de las concentraciones poblacionales de los grupos étnicos locales, marcando una distancia y reforzando su imagen de superioridad (Acuto 1999a; Lynch 1993; Schreiber 1993). En estas zonas, el camino Inka es un conector entre centros administrativos imperiales antes que entre los núcleos densamente ocupados por las poblaciones locales, a los cuales frecuentemente se accede por rutas de acceso laterales (Lynch 1993). A su vez los principales centros administrativos del Imperio fueron edificados en zonas deshabitadas aplicando allí su planeamiento al máximo (Raffino 1988) y movilizándolo y asentando poblaciones en territorios inkaizados alejados de las zonas con mayor densidad poblacional preinkaica (Acuto 1999b).

Por el contrario, en la región humahuagueña los asentamientos que presentan rasgos inkas más importantes, como La Huerta y Tilcara, se encuentran dentro de sitios con ocupaciones locales más tempranas, los cuales fueron objeto de evidentes cambios o remodelaciones. No encontramos sitios de los llamados inkas puros de importancia sobre la quebrada troncal, ni en las partes bajas de las quebradas laterales, salvo por la probable tambería de Puerta de La Huerta. Sin embargo Yacoraite Bajo (Krapovickas 1969) destruido por el trazado de la ruta nacional n° 9, contaba con una serie de estructuras que podrían denominarse inkaicas, a la vez que poseía una ubicación estratégica. ¿Pudo haber sido Yacoraite Bajo, entonces, la expresión del fenómeno anteriormente mencionado para otras regiones, dentro de la quebrada de Humahuaca? ¿Pudo haber sido ese enclave administrativo, atravesado por el camino inkaico y ubicado a una prudencial distancia de los centros locales más poblados, que encontramos en otras zonas del vasto Imperio? Lamentablemente no estamos en condiciones de responder hoy ese interrogante, y tal vez nunca lo estemos debido a la impericia y el desdén mostrado a la hora de planear nuevas carreteras en el norte de nuestro país.

Por otra parte sí existen una serie de sitios inka puros en las serranías orientales que limitan con la región de las yungas. Esta lista incluye una línea de pukaras defensivos, entre los cuales podemos mencionar a Puerta de Zenta, que habría servido para la defensa de la región de las invasiones de los aborígenes de las planicies orientales. Asimismo encontramos en estas cumbres algunos santuarios de altura como Cerro Amarillo y Cerro Chasquillas y otros sitios menores o tambos como Chasquillas Tampu y Pueblito Calilegua (Raffino 1993b).

La Quebrada de Humahuaca

Modelos arqueológicos y cronológicos

La Quebrada de Humahuaca fue anexada al *Tawantinsuyu* a comienzos del siglo XV. Mientras los relatos de los cronistas españoles sitúan el comienzo de esta conquista bajo el reinado del décimo soberano cusqueño, Topa Inka Yupanqui, alrededor del año 1480 d.C., los fechados radiocarbónicos de los primeros niveles de ocupación inkaica en La Huerta nos indican para ésta una fecha calibrada de 1412 d.C. (Palma 1998).

El marco cronológico elaborado por Pérez (1973), que por años ha sido el más comúnmente utilizado, propone la separación de las culturas precolombinas agroalfareras de la región en 4 períodos. Los mismos son: el Temprano (?-700 d.C.), el Medio (700-1000 d.C.), el Tardío (1000-1480 d.C.) y el Inka (1480-hasta la conquista española). Este esquema cronológico ha sido en la actualidad dejado atrás por otros elaborados en las décadas del '80 y del '90 (Nielsen 1996; Palma 1987/89, 1998). Estos nuevos esquemas han sido desarrollados gracias a intensivos y regulares trabajos en diversos sitios de la región.

Nielsen (1996), sobre la base de prospecciones sistemáticas y excavaciones en algunos sitios de la quebrada, propone un nuevo marco cronológico en lo que respecta al modo de utilización del espacio regional e intrasitio. Las fases en que separa el período que va desde el año 700 d.C. al 1535 d.C. son: Vizcarra (ca. 700-900 d.C.), Muyuna (ca. 900-1100 d.C.), Calete (ca. 1100-1280 d. C.), Sarahuaico (ca. 180-1350 d.C.), Pukara (ca. 1350-1430 d.C.) e Inka (ca. 1430-1535 d.C.).

Palma (1987/1989, 1998, 2000) divide al período de Desarrollos Regionales en dos partes. La primera corresponde al período de Desarrollos Regionales Temprano (900-1300 d.C.) (Figura 5) y la segunda al período de Desarrollos Regionales Tardío (1300-1410 d.C.) (Figura 6). El período signado por la dominación Inka (Figura 7) abarcaría desde 1412 d. C. hasta la llegada de los conquistadores españoles a la región en el año 1536 d.C.

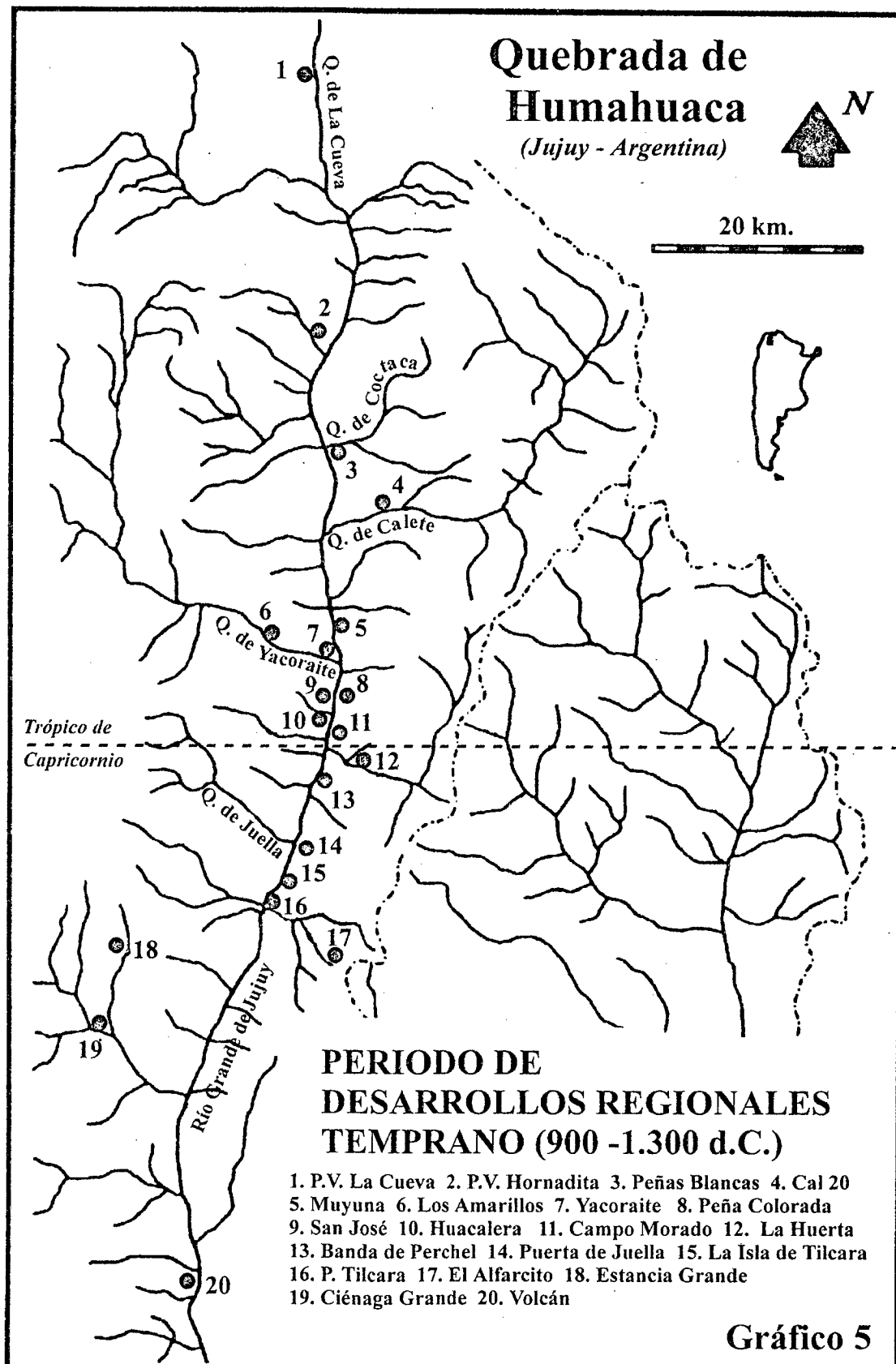


Figura 5: Sitios de la Quebrada de Humahuaca en el Período de Desarrollos Regionales Temprano.
 Extraído de Palma 2000.



Figura 6: Sitios de la Quebrada de Humahuaca en el Período de Desarrollos Regionales Tardío. Extraído de Palma 2000.

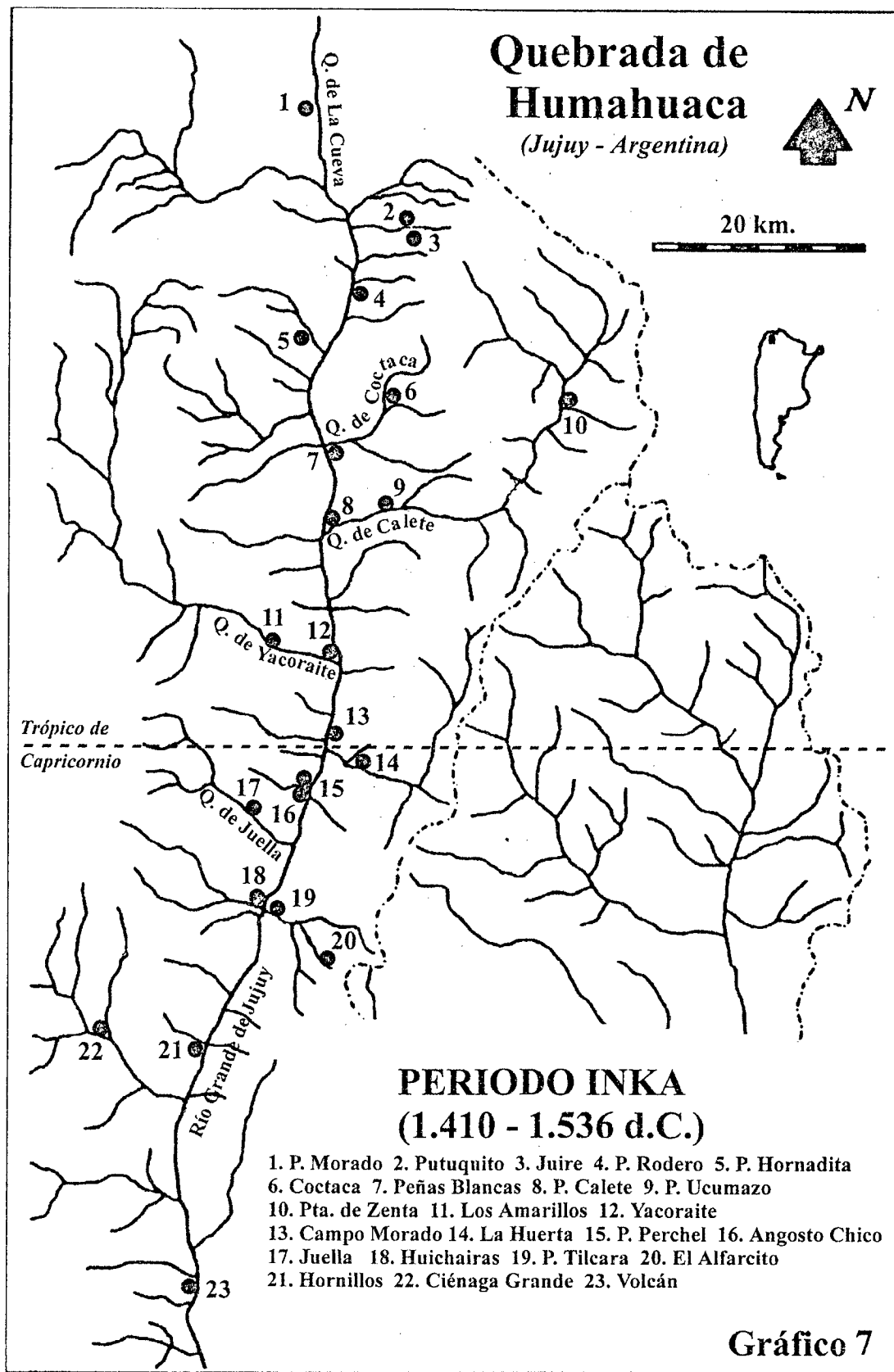


Figura 7: Sitio de la Quebrada de Humahuaca durante la ocupación Inka de la región. Extraído de Palma 2000.

Durante la primer etapa, como producto de un crecimiento poblacional ocurrido a fines del período Medio o Formativo, se habría ocupado el ecosistema *q'eshwa*, en la quebrada troncal y sus subsidiarias. A su vez, la ubicación de La Huerta, elevada sobre el río, de difícil acceso, aunque no fortificada, es similar en sus características a las que se conocen para la mayoría de los sitios de la región en la parte final del periodo de los Desarrollos Regionales (Palma 1998, 2000). Se asemeja a Tilcara, Los Amarillos y Peñas Blancas tanto por su tamaño y complejidad interna como por el estatus de cabecera política regional, defendidas por una fortaleza o pukara cercano. (Palma 1998, 2000; Raffino 1988; Raffino y Alvis 1993). Estos sitios se encuentran dentro de la categoría que Palma (2000) llama Sobre Elevado Concentrado. Esta consiste en grandes sitios ubicados sobre alturas de difícil acceso, adaptados estructuralmente a la difícil topografía. Estas ubicaciones ofrecían como principal ventaja el aspecto defensivo estratégico ante posibles agresiones. Esta caracterización de los sitios es acorde a la hipótesis de conflicto endémico que se ha propuesto para la región (Nielsen 1996; Palma 1998).

Para el momento de la llegada de los inkas comienzan a aparecer en la región signos inequívocos de la acción imperial tales como el *qapacñan* o camino Inka, los tambos, fortalezas, santuarios de altura y distintos aspectos de la cultura material propios de la ocupación cusqueña. Durante esta etapa algunos sitios son abandonados casi en su totalidad, entre los que encontramos a Los Amarillos, Hornillos y Juella (Nielsen y Walker 1999: 166). Al tiempo que otros, como La Huerta, presentan signos de un gran crecimiento (Palma 1998, 2000). Crecen, también de gran modo en esta época los campos de cultivo de Coctaca y Rodero a la vez que nuevos sitios como Putuquito y Juire son creados para iguales fines (Nielsen 1994)

La Huerta de Huacalera

Características y antecedentes de investigación arqueológica en el sitio

La Huerta (Figura 8) se encuentra a 3 km. al oriente de la confluencia de las quebradas de Humahuaca y La Huerta, a los 23° 28' de latitud Sur y a 65° 17' al Oeste. Esta situada en un espolón que baja del cerro Sisilera, a 2700 metros sobre el nivel del mar y a una altura que va de los 10 a 50 metros sobre los ríos de La Huerta y Sisilera (Palma 1998, Raffino y Alvis 1993). Se trata de un gran agrupamiento semiurbano, de importante complejidad estructural interna, con un trazado lineal en damero irregular (Palma 1998; Raffino 1988). Cuenta con 614 estructuras en superficie y 69 subterráneas, ocupando una superficie de 8,12 has. con un importante factor de ocupación del suelo (F.O.S.) del 89,5 % (Raffino y Alvis 1993).

Se ha considerado que los recintos de La Huerta pueden dividirse en cuatro estratos diferentes (Raffino y Alvis 1993). Los mismos son:

Estrato 1: Con un total de 19 recintos, abarca a aquellos que cuentan con una superficie mayor a los 150 m². Consiste en ámbitos públicos con un fácil acceso, conectados con el camino Inka que habrían sido utilizados como corrales para camélidos, carga y descarga de llamas o matanza y carneo de animales.

Estrato 2: Conformado por 276 recintos, se trata de patios internos incorporados a unidades domesticas. Sus superficies varían desde los 25 m² a los 150m² y habrían servido como espacios donde se desarrollaron múltiples actividades domesticas. Cabe destacar que en los pisos de estas unidades se llevaron a cabo entierros.

Estrato 3: Cuenta con 239 estructuras con plantas rectangulares y superficies de entre 10 y 25m². Consistiría en habitaciones, probablemente techadas, que habrían sido utilizadas como lugar de descanso, donde se localizan fogones para calefacción.

Estrato 4: Son 80 estructuras con una superficie menor a los 10m², con funciones de cocina, depósitos de herramientas y materias primas. En estas unidades techadas que pudieron servir como albergue nocturno, se habría llevado a cabo la preparación de los alimentos.

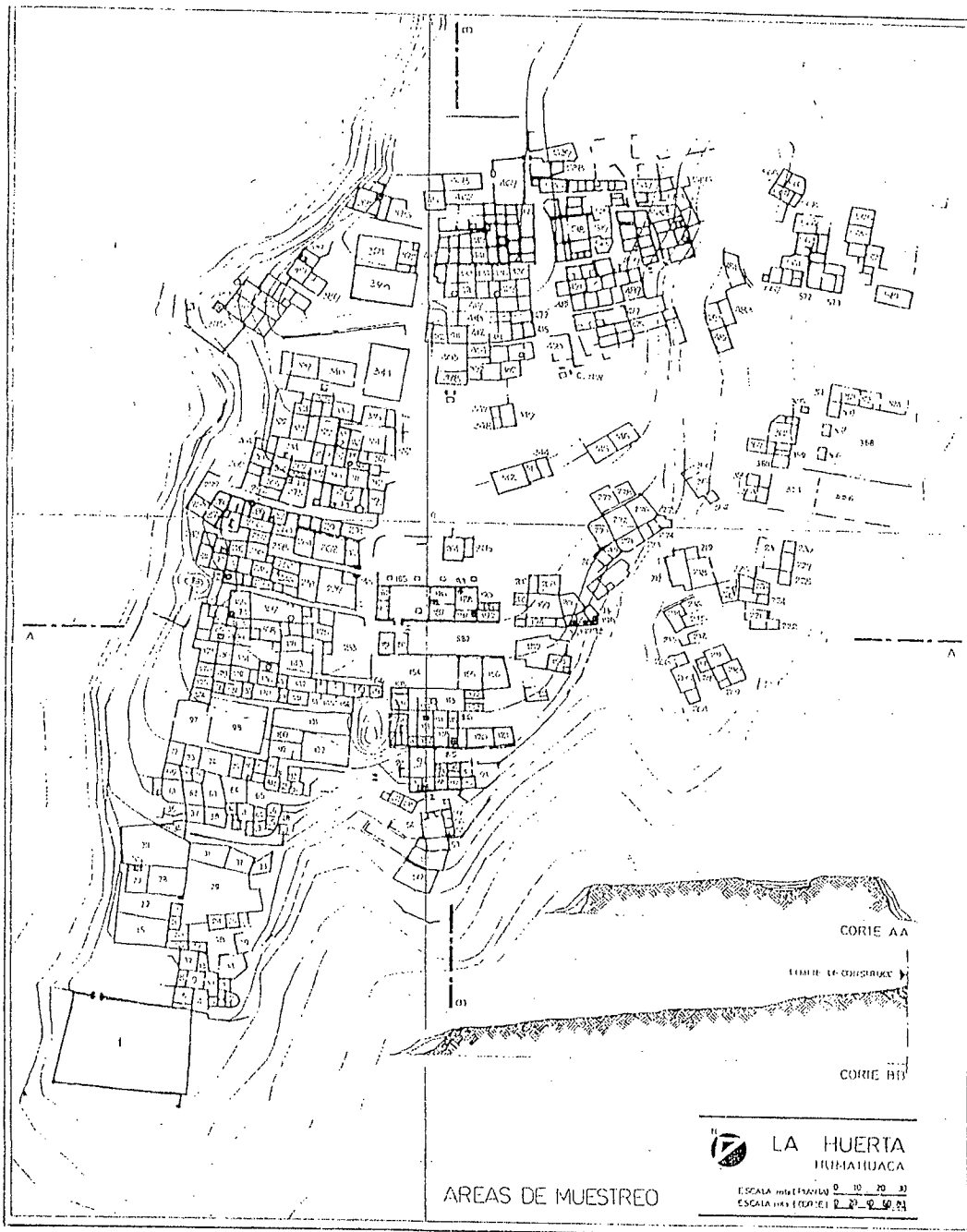


Figura 8: Plano general de La Huerta de Huacalera. Extraído de Raffino y Alvis 1993.

Los primeros trabajos en el sitio fueron realizados por Salvador Debenedetti (1918) a fines de la década del '10. En estos se detectaron y excavaron gran cantidad de tumbas, de las que se obtuvo gran cantidad de restos humanos, cráneos trofeo principalmente, y material cultural. Posteriormente en los años '50 Ciro Rene Lafón continuo los trabajos en el sitio. Cabe destacar que la mayoría de las excavaciones efectuadas por Lafón (1954) tuvieron lugar en un conjunto de estructuras ubicadas a 800 mts. al Oeste del espacio intramuros del sitio. El sector, denominado hoy La Cárcava (Capizzi *et. al.* 2005) (Figura 9), se encuentra en la ladera de un cerro sobre la parte norte de la quebrada de La Huerta y se realizaron en los últimos años diversos trabajos en él. Estos abarcaron un amplio abanico que va desde el rescate de una tumba con su ajuar intacto, la cual quedó al descubierto por efecto de la erosión fluvial, hasta el relevamiento de varios grupos de estructuras arquitectónicas.

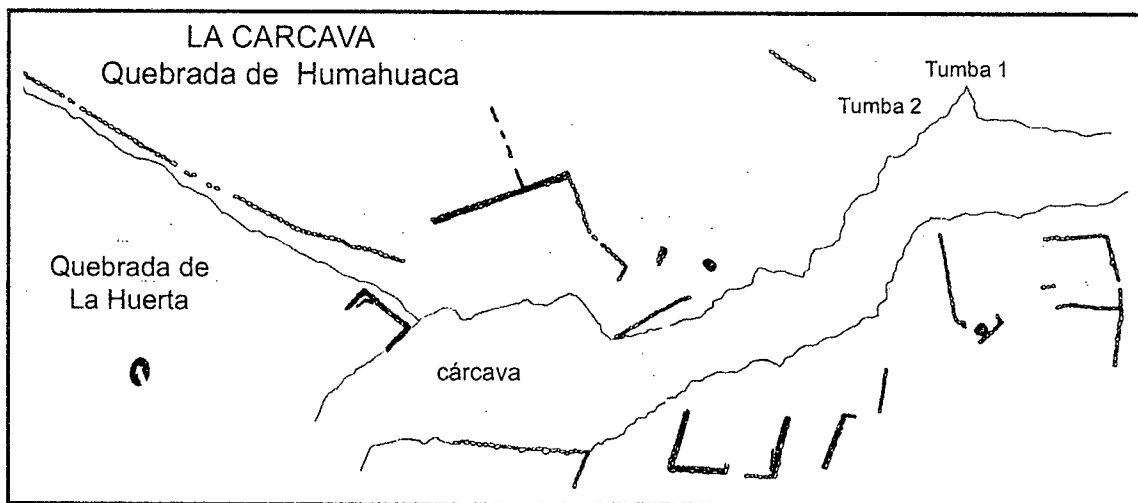


Figura 9: Plano del sector La Cárcava.

Finalmente en la década del '80 Rodolfo Raffino (1988,1993) retomó los trabajos en La Huerta de un modo sistemático. Durante las distintas campañas se confecciono la planimetría del sitio, se realizaron muestreos dirigidos sobre el interior y exterior de recintos seleccionados por sus rasgos arquitectónicos de superficie y se excavó el basural más grande del sitio, del cual se fecharon por carbono 14 varias de sus capas. Estos trabajos fueron continuados a partir del año 1995 por Jorge Palma (1996, 1998) y continúan hasta el momento de escribir estas líneas. Entre las diversas actividades desarrolladas por este proyecto podemos destacar la puesta en valor del

sitio, en cuya primera etapa se dio lugar, en el mes de agosto de 2003, a la apertura del Museo Arqueológico e Histórico de Huacalera. Este fue producto de la colaboración de la población local y los profesionales arqueólogos. Donde estos, junto con sus investigaciones, acompañan a la comunidad local en favor de la utilización y puesta en valor del patrimonio cultural recuperado (Palma *et.al* 2005).

La Huerta es considerada una proto-ciudad (Raffino 1988) en el periodo preinka, la cual sufrió luego, bajo la dominación inkaica, profundas transformaciones. En primer lugar, una remodelación arquitectónica, la habría convertido en una cabecera administrativa (Raffino y Alvis 1993) y por otro lado se habría especializado como un centro productor de textiles (Raffino y Palma 1993).

Cabe mencionar que La Huerta poseía, aun antes de los últimos hallazgos realizados (Jacob y Leibowicz 2005), alrededor de la mitad de los instrumentos textiles conocidos para la Quebrada de Humahuaca (Raffino y Palma 1993). Entre los artefactos pertenecientes al universo textil, solamente rescatados de las excavaciones del R 204, destacamos, una vinasa, instrumento que sirve para apretar la urdimbre, de 384 mm. de largo por 49mm. de ancho, la cual se encontraba pintada de color rojo. También encontramos dos de los llamados cuchillones de madera, que erróneamente fueron asignados en la literatura arqueológica a labores agrícolas, que tendrían funciones similares a la vinasa. Por ultimo gran cantidad de torteros, tanto redondos como troncocónicos, decorados con pigmentos rojizos así como agujas confeccionadas en espinas de cardón y maderas con punta aguzada (Jacob y Leibowicz 2005).

El hallazgo de material relacionado a la actividad textil se repite en el R 353 donde bajo el piso de ocupación, en la esquina NE del mismo a 40 cm de profundidad, se produjo la aparición de una olla subglobular, perteneciente al grupo Ordinario. La boca de la misma se encontraba cubierta con un *puco* subhemisférico de interior gris pulido y todo, a su vez, tapado con un gran fragmento correspondiente a una olla que conservaba un asa y parte del borde, actuando como protección del conjunto enterrado. En el interior de la olla hallamos un cuchillón de madera cuyo mango apoyaba, sobresaliendo, en el borde; husos de madera, uno con hilo enroscado en unos de sus

extremos; un gran fragmento de textil doblado y cordeles de distinto grosor en el fondo de la misma (Capizzi *et.al.* 2005).

Por su parte el cuerpo hallado en la tumba rescatada en el Sector La Cárcava aporta más evidencia en este sentido, ya que se encontraba acompañado por todo tipo de instrumental textil como husos, torteros, agujas, etc. e incluso restos de textiles y cordelería. A su vez, es importante destacar que algunas de las piezas cerámicas que formaban parte de este ajuar pueden ser adscriptas pertenecientes al grupo Inka Provincial, al tiempo que se realizó un fechado radiocarbónico sobre el material esquelético correspondiente a la Tumba 2 que arrojó una fecha de:

LATYR LP-1437: 530 ± 60 años C-14 A.P.

Rango de la edad calibrada con una probabilidad del 68% (± 1 sigma):

1398 - 1439 años cal AD

Rango de la edad calibrada con una probabilidad del 95% (± 2 sigmas):

1305 - 1466 años cal AD

Esta es una de las características que llevó a Raffino (1993) a postular que La Huerta, bajo el dominio inkaico, fue un centro productor de textiles. Los tejidos cumbi fueron uno de los elementos más preciados dentro del mundo andino, contaban con un carácter suntuario y tenían un alto valor ritual, mientras que su producción fue regulada celosamente por el *Tawantinsuyu* (Silverblatt 1987; Hyslop 1990). Estos tejidos, que eran destinados como una suerte de distinción personal a quien el Inka quería recompensar, eran confeccionados únicamente en centros estatales por *acllas* tejedoras o *cumbicamayocs* (Lorandi y Del Río 1992: 74)

La remodelación de La Huerta, anteriormente mencionada, parece, según los investigadores que nos precedieron, haber quedado inconclusa (Raffino y Alvis 1993: 56). Esta situación se debe en parte a la ausencia de una clásica *kancha* inka (R.P.C.) y a que carece de las típicas construcciones estatales como el *ushnu* o la *aukaipata* (plaza) que caracterizan a las instalaciones estatales (Palma 1998; Raffino 1988; Raffino y Alvis 1993). No obstante, existe en el centro del sitio un espacio despejado y de

superficie casi plana de 2400 m², que si bien puede no contar con todas las propiedades que se conocen para una *aukaipata* en el *Kollasuyu* (Raffino y Alvis 1993), no deja de ser un espacio creado y modificado por construcciones hechas bajo el poder imperial. Se considera que La Huerta, junto con las instalaciones agrícolas de Coctaca al norte de la quebrada troncal, es el sitio que mayores cambios arquitectónicos, impulsados desde Cusco, sufrió en la región (Raffino 1993c).

Cabe aclarar que nunca se ha analizado exhaustivamente cuál fue la manera en que se remodeló el sitio bajo la ocupación inka. Tampoco se ha profundizado en el aspecto que tenía el sitio previo a la ocupación imperial, es decir se desconoce si existieron sectores de arquitectura local arrasados o parcialmente reutilizados por los inkas al momento de construir sus estructuras.

Palma (1996) divide a La Huerta en 3 sectores (Figura 10), el sector B correspondería al inicio de la ocupación, el cual está datado radiocarbonicamente alrededor del 800 d.C. (Raffino y Alvis 1993), y estuvo activo hasta la conquista. Se lo adjudica a la ocupación más temprana del sitio y cuenta con conjuntos de edificios relacionados a los momentos preinkaicos. El sector C, de acuerdo a los fechados obtenidos en el PS2, el basural más cercano al sector, se lo ubica como contemporáneo a la ocupación inka. El mismo se encuentra atravesado por el camino imperial y fue la disposición de las estructuras y la cerámica Altiplánica, recolectada en superficie, las que hicieron a Raffino y colaboradores sospechar que el sector fue producto de la instalación de *mitimaes* altiplánicos.

La ubicación cronológica del período de ocupación humana de La Huerta se ha establecido a partir de una serie de fechados radiocarbónicos. Los mismos se han obtenido a partir de materiales recuperados en excavaciones realizadas en depósitos de basura. El siguiente cuadro es el detalle de los fechados disponibles al momento de escribir este trabajo:

Laboratorio y código	Fecha AP	Cal. d.C. 1□	Cal. d.C. 2□	Estrato	Fuente
INGEIS AC-0960	480±100	1409-1627	1307-1660	PS1-3	Raffino 1993
INGEIS AC-1069	540±90	1397-1463	1297-1635	PS1-6	Raffino 1993
INGEIS AC-0963	580±80	1315-1441	1292-1483	PS1-9	Raffino 1993
LATYR LP-700	660±40	1289-1390	1280-1406	PS1-12	Raffino 1993
LATYR LP-165	1150±100	880-1014	726-1042	PS1-16	Palma 1997/8
LATYR LP-289	740±110	1264-1396	1063-1436	PS2-E1	Raffino 1993
LATYR LP-335	680±90	1212-1347	1228-1441	PS2-E2	Raffino 1993
LATYR LP-1042	Moderno (*)	Moderno (*)	Moderno (*)	N1	Palma 2005
LATYR LP-1101	Moderno (*)	Moderno (*)	Moderno (*)	N2- Fog.1	Palma 2005
LATYR LP-1121	Moderno (*)	Moderno (*)	Moderno (*)	N2- Fog.2	Palma 2005
LATYR LP-1016	210±50	1651-1954	1525-1955	N3	Palma 2005
LATYR LP-980	230±40	1647-1954	1523-1955	N2	Palma 2005
LATYR LP-1129	290±40	1264-1396	1475-1954	N4- Fog.3	Palma 2005
LATYR LP-1398	560±60	1315-1431	1297-1447	T.77h	Palma 2005
CASI-UGA-7388	600±50	1301-1411	1288-1432	T.77c	Palma 2005
CASI-UGA-7389	720±50	1264-1298	1218-1391	T.77c	Palma 2005
CASI-UGA-7348	770±50	1220-1287	1164-1299	T.77d	Palma 2005

*PS1 y PS2 corresponden a dos sondeos en depósitos de basura. N indica niveles artificiales de excavación y E significa estratos naturales.

El sector A se encuentra íntimamente relacionado con la presencia incaica, la cual comienza, según los fechados radiocarbónicos en el 1412 d.C. Cuenta con 2 edificios principales que cubren 1440 de los 7227 m² ocupados por recintos. El Edificio 1 (Figura 11) cuenta con 12 recintos y una superficie de 640 m² más una explanada, el recinto 582 de 350 m.² (Raffino y Alvis 1993). Por su parte el Edificio 2, con 450 m.² de superficie, no presenta atributos arquitectónicos imperiales a excepción de su planta estructural. Asimismo en este sector, particularmente en el Edificio 2, se han hallado las tumbas con la más rica parafernalia, las cuales fueron excavadas tempranamente por Debenedetti (1918). Allí se encontraron piezas como vinchas de plata y gran cantidad de instrumental textil. Es a partir de esto que se adjudica la ocupación de este edificio por

parte de alguna autoridad local promovida por el Imperio y artesanos textiles o *cumbiscamayoc* (Raffino y Alvis 1993: 70).

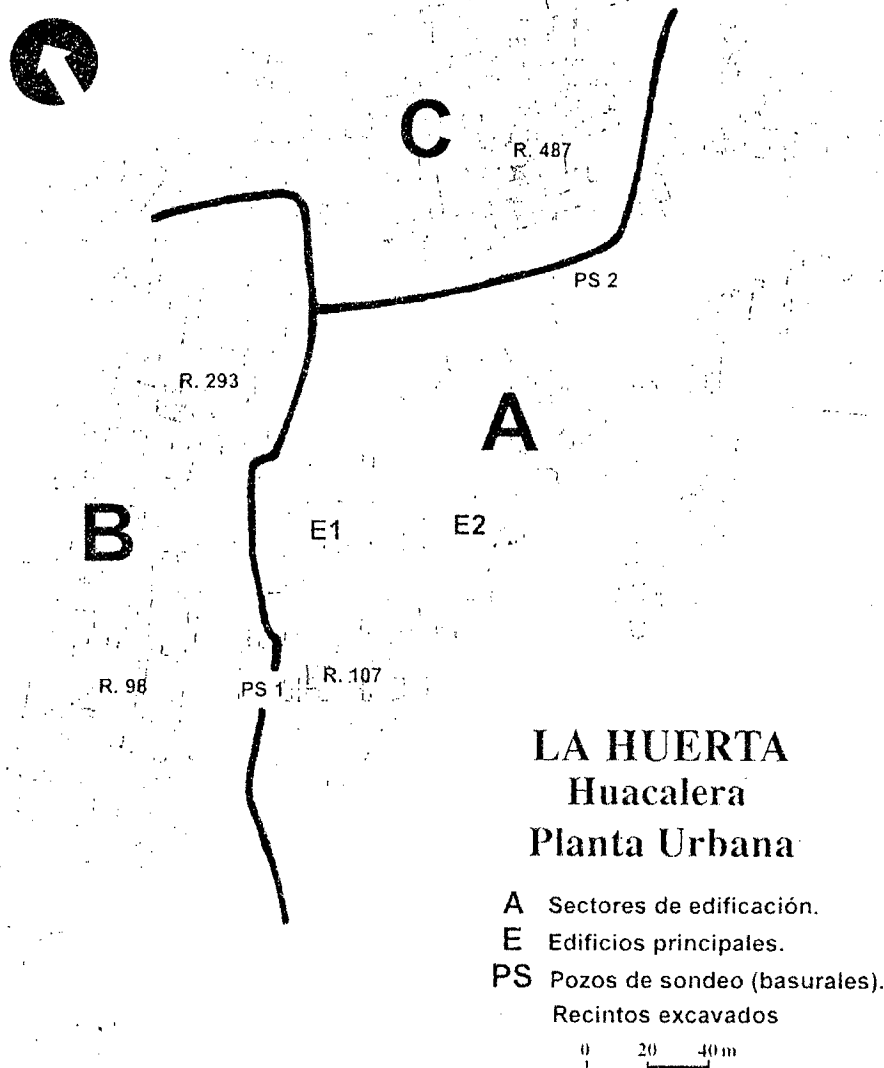


Figura 10: División de La Huerta en sectores. Extraído de Palma 1996.

En este sector se encuentran la mayor cantidad de elementos diagnósticos de la arquitectura inka en el sitio, como grandes *jambas* en los accesos, muros dobles con refuerzo de banqueta, piedras canteadas y escalinatas de piedra (Figura 12). Estos rasgos fueron reconocidos tempranamente por Lafón (1956) como la presencia de algún reflejo extraño, como cierto aire de familia con el Imperio. Es necesario destacar que el autor lo

veía no como una acción directa del *Tawantinsuyu*, sino como la acción de otro pueblo, probablemente altiplánico, influenciado por los inkas.

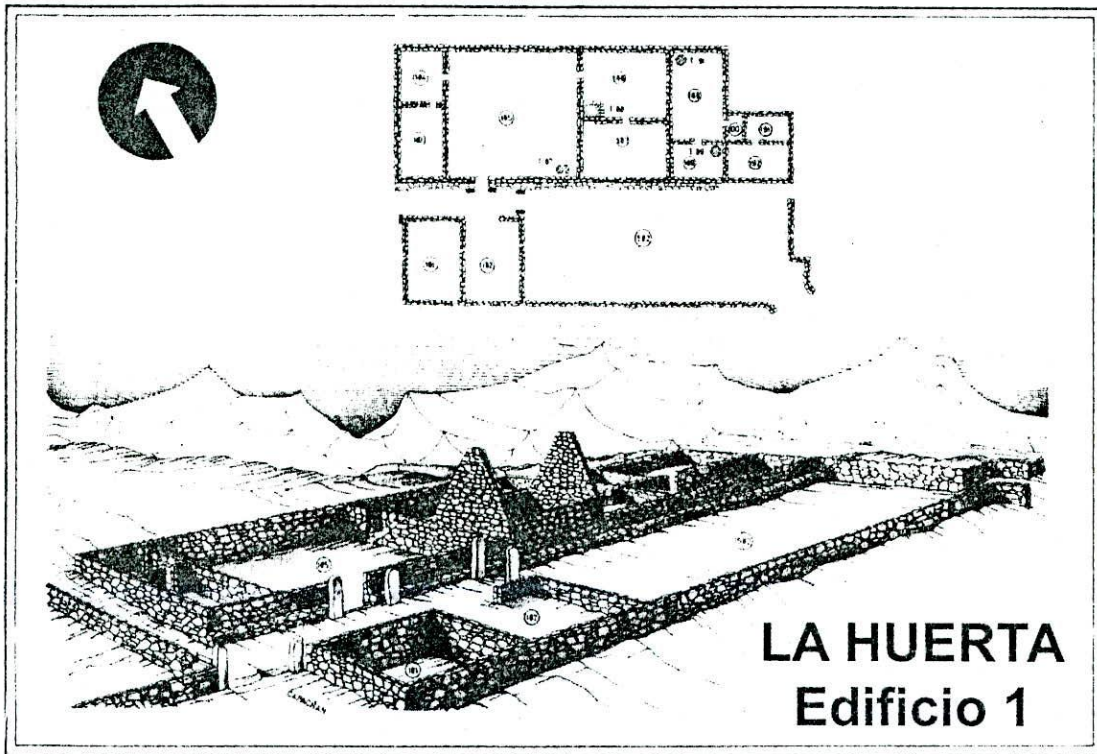


Figura 11: Planta y reconstrucción en tres dimensiones del Edificio 1. Extraído de Raffino y Alvis 1993.

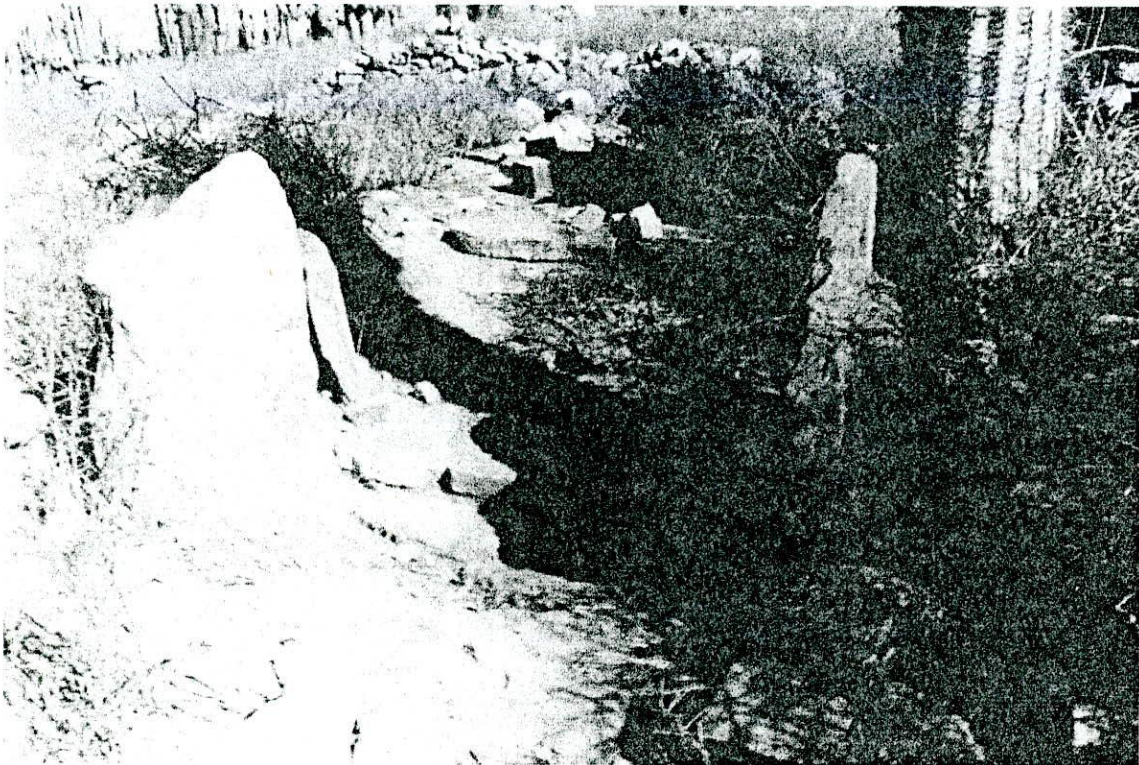


Figura 12: Fotografía de las *jambas* y la escalinata de acceso al recinto 582, dentro del Edificio 1.

Por su parte el análisis de las características formales del diseño de la arquitectura del sitio, basado en las variables propuestas por Moore (1996) fue realizado con anterioridad por Fernández do Río (2001). Las mismas son escala, permanencia, centralidad, visibilidad y accesibilidad. En su análisis se destaca la gran escala, visibilidad pública y alta permanencia de la plaza, así como su ubicación central dentro del área intramuros. Asimismo la autora aplica en sus investigaciones acerca del registro arquitectónico de los sitios La Huerta y Campo Morado, los análisis *gamma* de Hillier y Hanson (1984) a la hora de observar patrones de acceso y la estructuración social del espacio.

Objetivos e hipótesis de la investigación

Como ya se ha mencionado anteriormente el objetivo general de este trabajo es:

- Analizar qué forma adoptó el proceso de dominación inkaico en la Quebrada de Humahuaca en cuanto a la construcción del paisaje social, y de qué forma la manipulación ideológica de la cultura material funcionó como estrategia de legitimación del control ejercido por el Imperio sobre las sociedades conquistadas.

A partir de este objetivo nos hemos planteado una serie de hipótesis de distinto nivel sobre la espacialidad que adquirió la dominación inkaica en La Huerta.

- El Imperio Inka construyó parte de sus edificios públicos (Sector A, Edificios 1 y 2, plaza), sobre estructuras locales previas de importante significación para la población *omaguaca*, apropiándose del paisaje y resignificándolo, con el objeto de transmitir una ideología estatal y así producir y reproducir su dominación y conquista.
- A partir de la imposición de controles y límites en la visión de las personas, mediatizados por la construcción de las estructuras arquitectónicas centrales del sector A, el Imperio ejerció mecanismos de dominación y control sobre la población local.
- El Edificio 1, así como los muros que separan al sector A del B, impusieron límites en la visión y acceso desde el sector local hacia el inkaico, marcando claras diferencias sociales entre quienes vivían de un lado y otro.

- Las diferencias sociales entre distintos grupos de personas tendrán su correlato en una distribución espacial segregada, plausible de ser observada arqueológicamente.

Metodología

Para llevar adelante esta investigación se tuvieron en cuenta, desde sus tempranos comienzos, una serie de presupuestos teóricos. Estos son fundamentales para comprender los lineamientos que siguió el análisis de la evidencia recolectada así como nuestras posteriores interpretaciones sobre la dominación inka en La Huerta.

Consideramos que a través de la arquitectura y la espacialidad se producen, manifiestan y reproducen relaciones de poder. La manipulación del espacio es un mecanismo de dominación y control social, así como un medio transmisor de la ideología dominante.

La arquitectura condiciona las relaciones entre las personas, les indican por donde circular, hasta donde pueden acceder y que pueden o no observar. Se convierte en una expresión física de las divisiones sociales (Moore 1996). Es una tecnología de poder (Foucault 1976) que disciplina los cuerpos y exige su distribución en el espacio. Vemos así como la arquitectura no solo construye cosas materiales como casas y edificios, sino también significados (Thomas 2001: 179)

Partimos entonces del supuesto, que los edificios son testimonios físicos del uso del poder y, como constructos culturales que son, se encuentran imbuidos de significados, a la vez que contienen información asociada a las relaciones de dominación y poder (Moore 1996). Son símbolos que condensan experiencias sociales y políticas colectivas.

A partir del análisis de las propiedades visuales de las estructuras, su distribución espacial y la superposición de eventos constructivos, estableceremos de qué manera la construcción del paisaje social articuló el proceso de dominación y control inka en el sitio La Huerta. Analizaremos también de qué modo impacto este nuevo paisaje construido en las percepciones que sobre este tenían las poblaciones conquistadas, de que forma el Imperio introdujo una nueva forma de vivir y experimentar el paisaje.

Teniendo en cuenta una de las características anteriormente mencionadas para las conquistas incaicas, como lo es el apropiarse de lugares significativos e importantes para las poblaciones locales, consideramos que el hecho de arrasar estructuras y construir nuevas instalaciones sobre ellas, mas si ambas, contienen un alto valor simbólico tanto para la población local como para el nuevo poder, conlleva un importante mensaje político. Es decir que, rearticular el paisaje socialmente construido es una forma inequívoca de construir y demostrar poder y de, al mismo tiempo, sojuzgar a las poblaciones dominadas.

Intentaremos, entonces, determinar en forma efectiva si existió una superposición de eventos constructivos en la zona central del sector A (inka) del sitio. Establecer si las estructuras estatales, como el Edificio 1 o la plaza fueron montadas sobre construcciones anteriores.

Las propiedades visuales de las estructuras generan segmentación y diferenciación social. Estas excluyen a determinada gente de determinado tipo de actividades, al mismo tiempo que las estructuras en sí mismas causan un impacto sobre la percepción que las personas tienen sobre el paisaje. La visibilidad puede ser entonces manipulada, se puede obstruir o bien destacar determinados puntos del paisaje en la persecución de ciertos fines políticos. A su vez la percepción del observador depende de la posición que este ocupa en el espacio, diferentes ángulos o distancias darán una percepción distinta. Es por eso que esa posición de observación y el acceso que las personas tengan a ella, generara distintos modos de acercarse al espacio socialmente construido. Por otro lado una manera de limitar las acciones tanto económicas como políticas de un grupo en constreñir su reproducción social limitando el acceso a ciertos espacios (Hayden 1997). Son de esta manera, el control de la visión y los límites impuestos en el espacio, mecanismos de dominación.

Se nos hace claro en esta dirección cómo el uso y manipulación de la perspectiva, con fines ideológicos, que fuera analizado tempranamente por Mark Leone (1983), en los jardines de William Paca en Annapolis, Maryland, puede proveer útiles herramientas de análisis.

Asimismo pretendemos acercarnos al espacio y al paisaje de un modo alejado al cartesianismo que ha dominado estos análisis. No ver al espacio como limpio y ascético como un sitio donde no existe el poder, el conflicto, las emociones. Dejar a un lado análisis solo basados en mapas, los cuales proporcionan un instrumento para hacer el mundo maleable. Manipulando el mundo al tiempo que lo deshumanizan (Thomas 2001:170). Intentare entonces humanizar ese paisaje, imaginarlo con gente viviendo en él, experimentándolo cada día. Entender la forma en que los sujetos se conducían en ese espacio tridimensional, lo experimentaban y lo percibían (Thomas 2001). Siguiendo a Thomas acordamos entonces, con que “no podemos “conseguir llegar” al significado del pasado, y ciertamente, no podemos meternos en la cabeza de las personas del pasado mediante actos de empatía, pero podemos ponernos dentro del conjunto de circunstancias materiales que se integraban en un universo significativo en el pasado” (Thomas 2001: 180-181)

Trabajos realizados en el campo:

El trabajo de campo llevado a cabo con el fin recolectar la información necesaria para esta investigación y que se describe en estas líneas fue en gran parte realizado durante las campañas realizadas desde el año 2002, en la provincia de Jujuy, bajo la dirección del Doctor Jorge Palma.

Con el objeto de probar nuestras hipótesis, se buscó comprobar la existencia de una ocupación preinkaica en el sector A y particularmente en el Edificio 1 de La Huerta y sus alrededores. Para ello se realizaron sondeos en distintos recintos del sector así como en la supuesta plaza del sitio. Estos perseguían el fin de determinar la presencia de pisos de ocupación o cimientos de estructuras anteriores así como la de algún tipo de evidencia que revele la utilización de esos espacios en épocas previas a la conquista del sitio por parte del *Tawantinsuyu*. Asimismo se esperaba que estos cimientos o restos de estructuras, de acuerdo a sus características arquitectónicas formales así como a la cultura material *omaguaca* asociada, reflejen el importante valor simbólico que tuvo ese sector (tumbas, casas de jefes, etc.) para la gente que habitó La Huerta anteriormente a la conquista inkaica.

Los recintos sondeados para este fin fueron los N° 102/109/181/264/582 (Figura 13). También se sondeó en la superficie del sector despejado, el cual podría ser la plaza del sitio, y en un recinto adosado a ella que no aparece en el plano confeccionado originalmente por Raffino y Alvis (1993). Este nuevo recinto y varias líneas de muro simple que se encuentran dentro del espacio que fuera adscripto como plaza, nos hicieron sospechar fuertemente acerca del carácter preinkaico que éstas podrían tener. ¿Serían tal vez estos muros y el recinto parte de las estructuras locales arrasadas por los inkas a la hora de construir su espacio público y ceremonial?

En cuanto a las particularidades que encierran algunos de los recintos excavados podemos mencionar que el recinto 102 se encuentra dentro del sector B, cercano al más grande basural del sitio y al principal camino Inka. Fue elegido para ser excavado debido a su cuidada arquitectura, la cual es muy similar a la hallada en el sector inkaico,

y a su parecido con el vecino recinto 98 excavado en 1995 por Jorge Palma. Esta última característica nos daría la oportunidad de comparar la evidencia recolectada en nuestra excavación con la rescatada en contextos similares años antes.

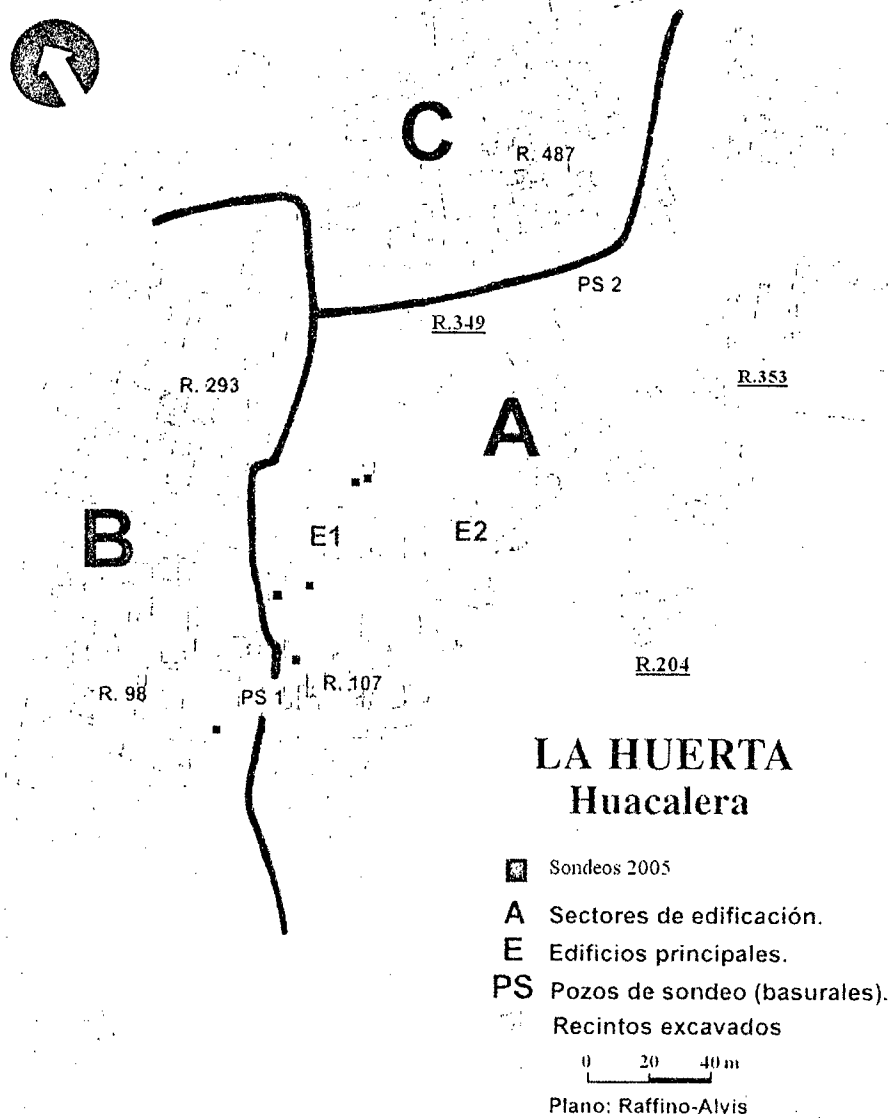


Figura 13: Plano de La Huerta con la ubicación de los sondeos realizados en el año 2005 y los recintos excavados hasta la fecha.

En el recinto 181, que se encuentra en la esquina sudeste del, denominado por Raffino, Edificio 1, el sondeo se efectuó contra el muro sur del mismo. Luego de superar los niveles de ocupación humana, los cuales no superaban los 30 cm. de profundidad, se descubrió pegado al muro inkaico una suerte de canaleta, de unos 25 cm. de ancho. Esta se encontraba rellena con un sedimento grisáceo muy suelto. La relativamente sencilla excavación de esta canaleta, en comparación al complicado y compacto piso estéril que cubría el resto de la cuadrícula, permitió, a más de 1 metro de profundidad, alcanzar y observar claramente los cimientos de este muro (Figura 14).



Figura 14: Fotografía del sondeo realizado en el R 181, donde se observan los cimientos del muro inkaico.

Se efectuó a su vez un relevamiento arquitectónico del Edificio 1, la plaza, sus alrededores y la zona fronteriza entre el sector local y el Inka, por la cual transita el camino Inka y donde se encuentra el basural más importante del sitio. Este relevamiento complementa el ya realizado por Raffino y Alvis (1993), así como los realizados por Fernández Do Río (2001). Para ello se han tomado nuevamente las medidas del Edificio

1 y se han integrado al plano algunos recintos, hasta ahora, ignorados. También se han tomado diversos puntos y medidas que nos permitan alcanzar las reales dimensiones y forma del sector despejado o plaza, y coordenadas que nos permitan ubicarla con precisión en el espacio.

Por otra parte se detectaron y ubicaron en el plano diversas rocas de gran tamaño y colores llamativos. Las mismas aparecen como puntos significativos en el paisaje y se encuentran intencionalmente colocadas a lo largo y ancho del sitio. Incluso varias de ellas aparecen ubicadas en la plaza, especialmente en sus márgenes.

Debemos destacar que nos focalizaremos particularmente en la ubicación del Edificio 1 y la plaza con respecto al camino Inka, y su relación con sus alrededores inmediatos y el sector local. Para esto último, como un intento de alejarnos de la bidimensionalidad de los planos, se utilizarán también fotografías y filmaciones de video tomadas especialmente para auxiliarnos en este punto. Con ellas se intentará analizar la visión desde y hacia el Edificio 1 desde distintos puntos del sitio, la visibilidad de un sector y otro desde el camino Inka y explorar sensaciones visuales a la hora de ingresar al sector Inka o atravesar caminando los recintos del sector B.

Esperamos que estas herramientas, con las que tratamos de acercarnos a un espacio en tres dimensiones, nos permitan una primera aproximación a las percepciones, a la experiencia que los habitantes locales tuvieron ante el nuevo paisaje construido por los dominadores imperiales.

Resultados de los sondeos

En el análisis de los materiales rescatados en las excavaciones realizadas en los recintos N° 102/109/181/264/582, en la plaza y el recinto adosado a ella, se le dio particular preponderancia a los fragmentos cerámicos. Estos son un poderoso indicador de la presencia imperial. Si bien no se descartó la utilidad de la información que puede proporcionar otro tipo de evidencia como la lítica o arqueofaunística, esta no será utilizada a los fines de este trabajo. Esto significa que este registro será objeto de posteriores análisis y trabajos.

Los grupos cerámicos en que se dividió la evidencia surgen de la clasificación hecha por Palma (1998) y son los utilizados actualmente dentro del proyecto en que se enmarca esta investigación. Las cerámicas pertenecientes a los grupos Rojizo, Gris Pulido, Angosto Chico y Ordinario son locales y se encuentran en contextos preinkaicos y posteriores tanto en recintos como en el basural excavado por Raffino y equipo (1993).

Por su parte las cerámicas Inka y Altiplánica solo se encuentran presentes en contextos relacionados o posteriores a la conquista inkaica y aparecen juntas tanto temporal como espacialmente (Raffino y Palma 1993). Sin embargo éstas no se encuentran, si bien se encuentran distribuidas por todos los sectores del sitio, en igual medida en el mismo. La cerámica Altiplánica, es importante mencionarlo, suele aparecer en forma más abundante que la Inka.

Cabe aclarar que el grupo que llamamos Inka o Humahuaca Inka o Inka Provincial esta compuesto por cerámicas manufacturadas localmente que copian formas y en menor medida diseños cusqueños. Por otra parte la frecuencia en que este grupo aparece, tanto en superficie como en estratigrafía, crece de modo exponencial en los edificios inka del sitio (Raffino y Palma 1993). Así observamos como en varios sectores del Imperio, tanto en la arquitectura como la cerámica, se replicaron las formas cusqueñas más que su perfección o las decoraciones (Uribe 2004).

Raffino en su comentario sobre la movilidad étnica y la integración al sistema Inka de los Chichas provenientes del sur del altiplano boliviano dice “ sin duda esta nación acompañó a los Yupanki en sus avances hacia el antiguo Tucumán” (Raffino 1993c: 311). Contingentes Chichas habrían participado en la defensa de la frontera inkaica al oriente de Humahuaca, donde se encuentra cerámica Altiplánica en diversos sitios con arquitectura Inka como Chasquillas Tampu y Puerta de Zenta (Raffino 1993a: 174,175). Estas afirmaciones parecerían confirmar la íntima ligazón que encontramos entre la evidencia altiplánica e imperial rescatada en las diversas excavaciones en La Huerta.

Para alcanzar los fines de este trabajo se procedió a analizar los tiestos cerámicos extraídos de los diversos sondeos efectuados en la campaña del año 2005. El análisis preliminar realizado en esta investigación se limitó a la adscripción de los tiestos dentro de alguno de los grupos anteriormente mencionados. Perseguíamos la intención de determinar la presencia o ausencia de cerámica Inka a lo largo de los distintos niveles de excavación. A continuación exhibimos los resultados de estos análisis (Tabla 1), los cuales serán interpretados más abajo.

Sondeos La Huerta 2005

LH R. 102. Nivel: 0-10

Grupo	Cantidad
Rojizo	3
	Total : 3

LH R. 102. Nivel: 10-20

Grupo	Cantidad
Rojizo	31
Inka	9
Gris Pulido	4
Altiplánico	6
Ordinario	12
	Total: 62

LH R. 102. Nivel: 20-30

Grupo	Cantidad
Rojizo	5
Inka	2
Ordinario	5
	Total: 12

LH R. 109. Nivel: 0-20

Grupo	Cantidad
Rojizo	20
Inka	9
Gris Pulido	1
Altiplánico	9
Ordinario	18
Indeterminado	20
	Total: 77

LH R. 109. Nivel: 20-40

Grupo	Cantidad
Rojizo	7
Inka	1
Altiplánico	2
Ordinario	2
Indeterminado	1
	Total: 13

LH R. 181. Nivel: 0-10

Grupo	Cantidad
Rojizo	14
Inka	1
Gris Pulido	2
Altiplánico	5
Ordinario	8
Indeterminado	1
	Total: 31

LH R. 181. Nivel: 10-20

Grupo	Cantidad
Rojizo	11
Inka	2
Gris Pulido	1
Altiplánico	3
Ordinario	9
Indeterminado	1
	Total: 27

LH R. 264. Nivel 0-10

Grupo	Cantidad
Rojizo	1
Inka	1
Rojo Inciso	1
Ordinario	3
	Total: 6

LH R. 264. Nivel 10-20

Grupo	Cantidad
Rojizo	2
	Total: 2

LH R. 264. Nivel: 20-30

Grupo	Cantidad
Rojizo	5
Gris Pulido	2
	Total: 7

LH R. 264. Nivel: 30-40

Grupo	Cantidad
Rojizo	1
Inka	6
Gris Pulido	1
Ordinario	3
Indeterminado	1
	Total: 12

LH R. 264. Nivel: 40-50

Grupo	Cantidad
Rojizo	2
Inka	2
Gris Pulido	5
Ordinario	7
	Total: 16

LH Plaza Sondeo 1. Nivel 1

Grupo	Cantidad
Rojizo	24
Inka	3
Gris Pulido	2
Altiplánico	4
Ordinario	30
	Total: 63

LH Plaza Sondeo 1. Nivel 2

Grupo	Cantidad
Inka	7
Gris Pulido	1
Altiplánico	4
Ordinario	11
	Total: 23

LH Plaza Sondeo 1. Nivel 3

Grupo	Cantidad
Rojizo	3
Inka	1
	Total: 4

LH Plaza Sondeo 2. Nivel 1

Grupo	Cantidad
Rojizo	17
Inka	7
Gris Pulido	2
Angosto Chico	1
Ordinario	14
	Total: 41

LH Plaza Sondeo 2. Nivel 2

Grupo	Cantidad
Rojizo	3
Ordinario	6
	Total: 9

LH Plaza Sondeo 3. Estructura Esq. NE

Grupo	Cantidad
Rojizo	3
Inka	2
Gris Pulido	2
Ordinario	5
	Total: 12

LH R. 582 (E1). Limpieza de Derrumbe

Grupo	Cantidad
Rojizo	28
Inka	3
Gris Pulido	1
Altiplánico	4
Inka Provincial Foráneo	1
Ordinario	15
	Total: 52

LH R. 582 (E1). Limpieza de Perfil SO

Grupo	Cantidad
Rojizo	2
Ordinario	1
	Total: 3

LH R. 582 (E1). Limpieza de Perfil NE y SE

Grupo	Cantidad
Rojizo	1
Inka	1
Ordinario	1
	Total: 3

LH R. 582 (E1). Sondeo 1 Nivel 2

Grupo	Cantidad
Rojizo	2
Inka	1
Altiplánico	1
	Total: 4

LH Recinto Plaza. Sondeo 2 Nivel 1

Grupo	Cantidad
Rojizo	6
Inka	3
Ordinario	8
	Total: 17

LH Recinto Plaza. Sondeo 2 Nivel 2

Grupo	Cantidad
Rojizo	3
Gris	2
Ordinario	3
Indeterminado	1
	Total: 9

LH Recinto Plaza. Sondeo 2 Nivel 3

Grupo	Cantidad
Rojizo	4
Gris	1
Altiplánico	1
Ordinario	7
	Total: 13

Discusión de los resultados

Podemos ver, como resultado de los sondeos efectuados en distintos puntos del sitio, que nos encontramos con tiestos cerámicos pertenecientes a los grupos Inka y Altiplánico hasta en los últimos niveles de excavación. Si bien, como era de esperar, la muestra se encuentra dominada por la cerámica Rojiza local, no deja de parecernos significativa la presencia de fragmentos de piezas de alfarería Inka y Altiplánica en casi todos los niveles de los sondeos realizados. Esta situación se observa tanto en los sondeos realizados en los edificios inkas como en los que se hicieron en la plaza y en el recinto 102 del sector B.

A nuestra evidencia podemos sumar la recuperada por el Doctor Jorge Palma en campañas realizadas en la década del 90. Allí en una cuadrícula de 2 metros por 2 metros excavada en el recinto 98, en pleno sector B, se detecta también la aparición de cerámica de los grupos Inka y Altiplánico, en un contexto dominado por la cerámica Rojiza, hasta los últimos estratos culturales. Este recinto, vale la pena la aclaración, fue caracterizado en su momento como un lugar destinado a la matanza y trozado primario de animales (Palma 1998: 42). Esta interpretación se basa en la presencia de los restos de 105 camélidos, la mayor parte correspondiente a animales adultos de gran tamaño, entre los que se encuentran representadas casi todas las partes esqueletarias. A esta muestra se le suman los restos de 5 cérvidos y 1 quirquincho.

La presencia de cerámica Inka y Altiplánica, que se comprobó también en las excavaciones realizadas en la plaza y el recinto adosado a ella, nos hace repensar el carácter preinkaico que sospechábamos tenía esta construcción. Por su parte las líneas de muro simple que anteriormente mencionamos; fueron incorporadas al plano levantado en la última campaña (Figura 15) y parecen estar marcando diferentes cotas de nivel. Se trata de una suerte de escalones de 70 cm de alto separados por cerca de 9 mts. entre sí. Estos ascienden junto a la inclinación natural del terreno desde el muro norte del Edificio 1 hasta alcanzar la altura de la plaza, en una dirección Sur-Norte. No debemos ignorar que estas construcciones podrían corresponder a distintos eventos de construcción. Es decir que pudieron existir distintos eventos constructivos dentro del

lapso de ocupación inkaica del sitio. Creemos entonces que nuevas excavaciones en estos sectores podrán en un futuro a ayudarnos a afinar la cronología de la dominación Inka en el sitio. A entender si esta fue producto de un solo episodio de conquista o si existió más de una avanzada imperial sobre la región.

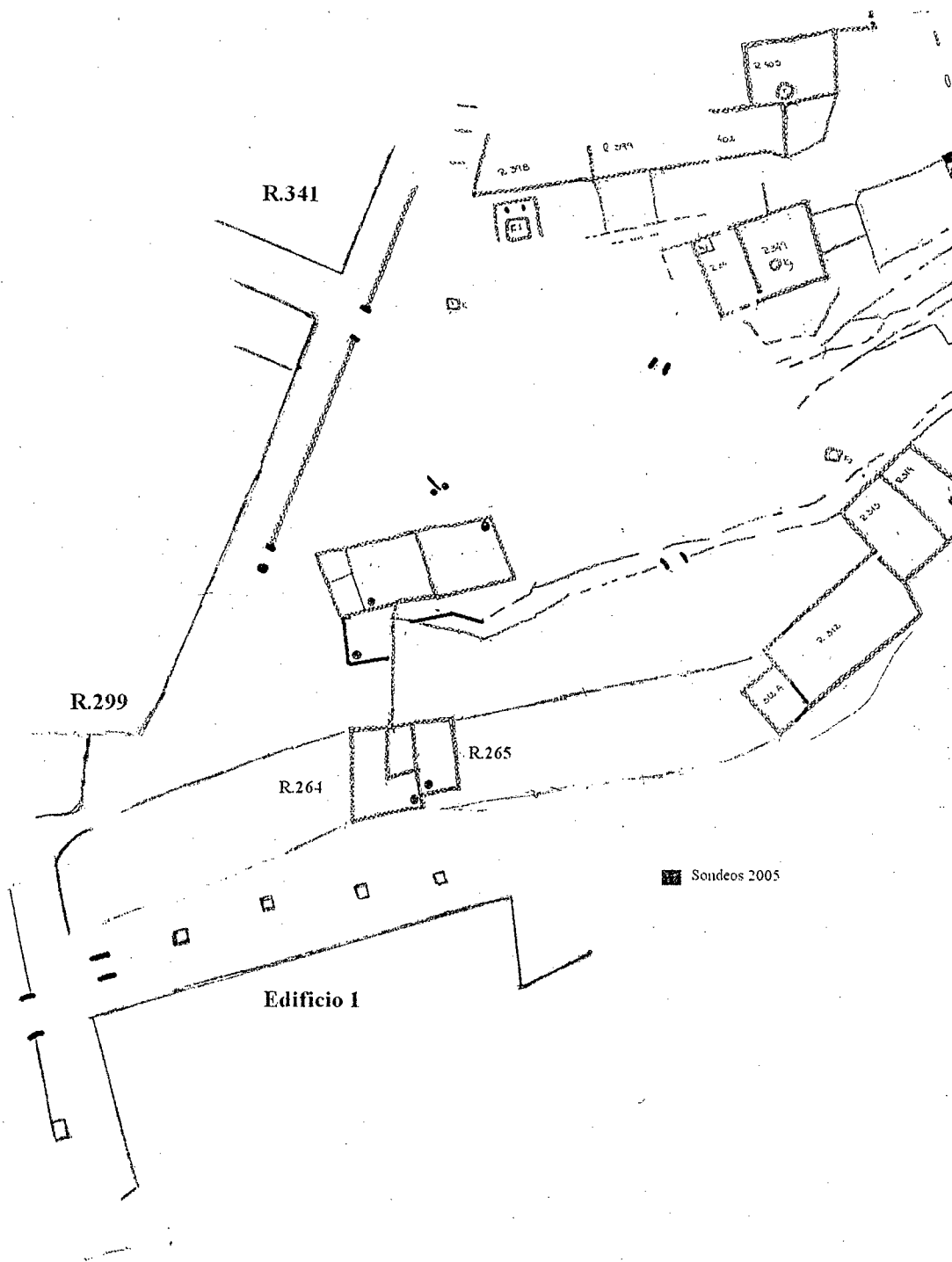


Figura 15: Plano del sector de la plaza, donde se destacan las grandes rocas o *jambas* y los últimos sondeos realizados.

A esta presencia de cerámica alóctona a lo largo de toda la secuencia estratigráfica se suma la falta de evidencia de algún tipo de construcción anterior así como la de cualquier tipo de piso de ocupación por debajo de los niveles con materiales inkaicos. Es decir, a pesar de lo que esperábamos, no encontramos ningún tipo de cimiento o muro por debajo de los levantados en el sitio tras el arribo del Imperio.

Cabe destacar que, en el afán de no perder ningún tipo de evidencia, por pequeña que esta sea, que pueda revelar una ocupación anterior al arribo del *Tawantinsuyu* a la región, todos los sondeos se continuaron excavando aun por debajo de la línea de los 40 cm. después de la aparición del nivel estéril, alcanzando incluso, los cimientos de los muros inkaicos.

Si bien la superficie total excavada en este trabajo puede no ser suficiente para determinar una completa ausencia de componentes preinkaicos por debajo de los edificios construidos bajo la órbita imperial y sus respectivos pisos de ocupación, creemos que estos sondeos aportan una estimuladora y significativa información. Consideramos entonces que los resultados de estos sondeos, contra una de las hipótesis que habíamos planteado, no parecerían indicar que la zona central del sitio, dentro del sector A, haya sido construida sobre construcciones u ocupaciones locales preexistentes. Es decir que, aunque reiteramos estos resultados pueden no ser concluyentes, no tenemos evidencia, en los diversos sectores excavados del sitio, de que recintos preinkaicos hallan sido arrasados o demolidos para construir sobre ellos las principales instalaciones imperiales del sitio.

Análisis de la espacialidad en La Huerta

Diferencias en la distribución espacial

Tan solo con observar rápidamente el plano de La Huerta podemos notar que el diseño espacial del sector Inka o A muestra importantes diferencias con el resto de los sectores del sitio. Estas distinciones se vuelven mucho más vívidas y notables al atravesar y recorrer caminando el sitio entre medio de las derruidas estructuras. Por otro lado, si bien las construcciones en el sector B pueden catalogarse como de buena calidad, con paredes resistentes e incluso muros dobles, debemos destacar que esta calidad es sensiblemente superior en el sector inkaico del sitio.

Una de las diferencias más significativas y dignas de mencionar es la evidente menor aglomeración de recintos que se vive en el sector A con relación al enmarañado sector B. Esta se hace más notoria principalmente en la zona ubicada al Este de los edificios 1 y 2, cruzando la cárcava que atraviesa el sitio. Allí encontramos espacios más abiertos entre grupos de, por lo general, tres o cuatro o cinco recintos. Se trata de un espacio más amplio, menos cargado que el de los sectores B y C donde los recintos se encuentran en un conglomerado, sin esta clase de espacios entre sí.

Si bien el sector B cuenta con varias vías de circulación que lo atraviesan en un sentido Este-Oeste, acceder a alguno de los recintos que no se encuentran directamente sobre alguna de estos caminos debió significar, por lo menos, el tener que atravesar recintos por dentro de lo mismos o caminando por sobre los muros. Esta misma situación la podemos observar en el sector C, el cual es atravesado por el principal camino Inka del sitio.

Esta forma de llegar a los recintos, sumada a la siempre cercana vecindad con los recintos contiguos, permitía ver, escuchar, e incluso oler de una manera más directa lo que sucedía en estas estructuras. Esta situación generaba una falta de privacidad y un sinfín de, voluntarias o no, experiencias compartidas que difícilmente se daba entre las personas que habitaban los grupos de estructuras del sector A, situados al otro lado de la

cárcava. La vida cotidiana en este sector adquiere un cariz mucho más público, donde las actividades desarrolladas por aquellos que vivían aquí no se ocultan ni presentan misterios para sus vecinos. Y nos referimos a actividades que pueden ir desde las diarias como el cocinar o actividades productivas como la elaboración de vasijas cerámicas hasta eventos de tipo ceremonial o ritual como los enterratorios que se realizaban en los mismos recintos.

Por otra parte con este modo de vivir surgen nuevos problemas. Podemos notar como en el interior de los conglomerados del Tardío se evidencia el hacinamiento y el deterioro de las condiciones higiénicas de la vida (Nielsen 1996). A esta situación se suma el crecimiento de la población y, por consiguiente, el de las inhumaciones en los pisos de las casas que tornarían dramática la disponibilidad de espacio (Palma 1998)

Cabe destacar que las construcciones inkaicas ubicadas en el este del sector A del sitio, a las que se le suma el Edificio 1, se encuentran entre las de mayor calidad constructiva de todo el sitio. Estos recintos cuentan con las piedras más finamente canteadas y en muchas oportunidades alcanzan un alto grado de conservación. Una prueba de esta baja degradación son algunas de sus paredes, como por ejemplo las del Edificio 1, las cuales tienen alturas superiores a los 2 metros (Figura 16).

Un muy buen ejemplo de este tipo de recintos es el R 204 (Figura 17). Situado sobre una de las laderas del sitio, prácticamente asomando al vacío, es uno de los más claros exponentes de la fina arquitectura inkaica en el sitio. Cuenta con muros dobles compuestos por piedras con un excelente canteado, las que se encuentran unidas con mortero. Por otra parte es importante destacar la presencia de un hastial en el muro este, el mejor conservado de la estructura. Este recinto, ubicado en una zona algo apartada, lindero solo a otra estructura, fue excavado durante las campañas realizadas en los años 2002, 2003 y 2005. En las mismas se reveló también la presencia de arquitectura funeraria de una calidad constructiva notable (Jacob y Leibowicz 2005). Para graficar el importante acceso a distintos recursos y cultura material inkaica que tuvieron los habitantes de este recinto podemos mencionar algunos de los hallazgos realizados entre los que se encuentran piezas metálicas como aros y un *tumi* confeccionados en una

aleación de bronce estañífero y una lamina producto de una aleación de oro y plata; fragmentos de piezas cerámicas tales como aribaloides, recipientes elaborados en cucurbitáceas, pintados en su exterior con pigmentos rojizos, diversos artefactos de madera y múltiples componentes pertenecientes al universo textil (Jacob y Leibowicz 2005).



Figura 16: Fotografía de la pared Sur del R 187 dentro del Edificio 1.

Es importante mencionar que el sector donde se encuentra ubicado esta estructura, no es alcanzado por las principales vías de circulación del sitio. Es decir que estos recintos no son accesibles desde el principal camino Inka. Este conduce a quien arriba al sitio por medio del sector B, la zona de la plaza y el sector C, siempre a una importante distancia de este conjunto arquitectónico.

Teniendo en cuenta las características anteriormente mencionadas de esta estructura, consideramos que la sensación de privacidad que debieron experimentar los habitantes de este recinto hubiera sido imposible de reproducir en los recintos habitables

del sector donde predomina la arquitectura local así como en el sector C adscrito hasta hoy a la ocupación de posibles mitimae altiplánicos. Las actividades, de toda índole, que se realizaban en este tipo de recintos, no tuvieron porque ser públicas o fácilmente accesibles a sus vecinos. El ritual de enterrar a un familiar o la producción de textiles, por ejemplo, era plausible de efectuarse en un ambiente privado. Aquí si se podían llevar a cabo acciones que no implicaran el conocimiento generalizado de las mismas, ni conllevaran el compartir experiencias con aquellos que habitaban las cercanías del recinto.



Figura 17: R204 antes de comenzar los trabajos de excavación.

La experiencia social de los individuos en el espacio debió, sin lugar a dudas, ser muy distinta en el sector Inka de cómo lo fue en los sectores B y C. El Imperio en su afán por imponer su poder político, transforma y cambia múltiples aspectos de la vida en La Huerta. Al cambiar la distribución espacial del sitio pervierte el orden del Tardío. Impone un nuevo modo de vida, de entender y experimentar el espacio. Y esto, creemos firmemente, se encuentra claramente relacionado a jerarquías y relaciones sociales hasta entonces inéditas en la región.

División entre el mundo Inka y no Inka

Otro de los principales puntos del análisis que se pretende desarrollar en este trabajo es la división que se produjo a nivel espacial entre el sector Inka y el no Inka o local. Consideramos que a partir de su llegada a La Huerta, con los importantes cambios que produjeron, los inkas construyeron un paisaje nuevo en el interior del poblado local. En este proceso de construcción generaron una brecha social con la población local, reforzando su superioridad, creando y legitimando a la vez su dominación.

La división entre estas dos esferas se manifiesta de diversas maneras, algunas más tajantes y evidentes, con una fuerte presencia física, mientras que otras se dan de un modo más sutil, sin que esto conlleve implícitamente una menor efectividad.

El camino Inka atraviesa el sitio en una sucesión de segmentos rectos y quebrados, limitados por las construcciones de habitación, comunicándose con los edificios Inka y la plaza (Raffino y Alvis 1993). Es digno de mencionar, la importancia que los caminos tenían dentro de la concepción Inka del espacio, como mudos testigos al tiempo que símbolos de la expansión imperial.

El *qapacñan* ingresa al asentamiento desde la quebrada de La Huerta por el gran recinto R1, bordeando el sitio por el Oeste, sobre la ladera que da al río Sisilera. Luego el camino cambia su rumbo hacia el Este a la altura del Edificio 1 hasta las jambas de acceso al sector inka. El camino atraviesa luego el sector despejado o plaza por el Oeste y luego se bifurca a la hora de atravesar el sector C. Raffino (1988) considera que el hecho de que el camino Inka atravesase el sitio, a pesar del mayor costo y trabajo que esto implica, da cuenta de la importancia que tuvo La Huerta en épocas inkaicas.

Otro sector del camino Inka a intramuros de La Huerta divide los sectores A y B desde las anteriormente mencionadas jambas hasta el principal basural del sitio. A partir de las jambas un muro que no presenta evidencia de haber alcanzado gran altura continua la separación hasta llegar a la altura del espacio despejado o plaza. A partir de aquí, paralelo a las paredes Este de los recintos R 299/312/321/336/337, y a una

distancia de alrededor de un metro y medio se levanta un muro. Este si debió contar en su momento de esplendor con una altura considerable, y corre paralelo a la plaza. El muro, que cuenta con un ancho de más de un metro, alcanza a cubrir el costado Oeste de la plaza en su totalidad. Podemos observar como esta pared estaría dividiendo, visual y materialmente, al sector B de un espacio publico de vital importancia dentro del sector estatal. Por otra parte en la zona Norte del sector B, podemos observar como un muro divide a este de un grupo de estructuras, las cuales se asemejan bastante, tanto en factura como en distribución espacial a las que encontramos en el sector A, antes que a sus vecinas del sector C.



Figura 18: Tramo de camino Inka frente a La Huerta

Encontramos en este sector ocupado por la posible plaza, como mencionamos anteriormente, gran cantidad de enormes rocas o jambas de diversos colores. Las mismas son piedras de color amarillo, rosa y verde que aparecen como importantes referencias dentro del paisaje del sitio. Estas rocas fueron intencionalmente colocadas en los bordes del sector despejado, delimitándolo o, en el caso de las que se encuentran de a dos, marcando el ingreso al mismo. La incorporación de rocas tal y cómo se las encuentra en la naturaleza es una de las características de la arquitectura incaica a lo

largo y ancho de su territorio. Existen en la zona nuclear del Imperio numerosos ejemplos de grandes piedras, trabajadas y pulidas o no, formando parte de importantes complejos arquitectónicos como Machu Picchu u Ollantaytambo. A su vez en una región más alejada como el oriente boliviano se encuentra el imponente cerro labrado de Samaipata (Meyers y Ulbert 1997).

Estas grandes piedras se encuentran en ocasiones rodeadas de muros o en puntos significativos del paisaje y son en algunos casos consideradas *huacas*. Las *huacas* son, dentro del mundo andino, elementos sagrados y pueden ser definidas como cualquier elemento de la naturaleza que salga de lo común (Bauer 1998: 4). Esto llevo a Van de Gutche (1999) a proponer que la estética Inka era una “aesthetic of alterity”. Entre las *huacas* conocidas existen cascadas, manantiales, promontorios rocosos, picos montañosos con nieves eternas, ríos, lagunas, etc. Es ampliamente difundido que el paisaje andino se encuentra cargado de innumerables rasgos y lugares sagrados (Bauer 1998), “a todos los lugares sagrados diputados para oración y sacrificios llamaban los indios peruanos guacas, así como a los dioses e ídolos que en ellos adoraban” (Cobo 1956: 167 [1653: Libro 13, Capitulo 12]).

El control de la visión sobre estos espacios públicos, así como el acceso a los mismos se torna evidente en el caso de La Huerta. En primer lugar el ingreso al mundo Inka, desde el sector local, se encuentra mediatizado por dos grandes jambas. Estas son las más grandes de su especie en el sitio y se encuentran hechas en una llamativa roca color rosa. Desde este ingreso al sector Inka, al norte del Edificio 1, se accede a una serie de cuatro collicas alineadas paralelamente a uno de los muros de este edificio y se desemboca directamente en la plaza. A su vez el acceso al R 582, un gran patio interno dentro del Edificio 1, se encuentra delimitado también por jambas y cuenta con una pequeña escalinata. Este es, al igual que la plaza, un lugar ideal para reunir una significativa cantidad de gente y realizar algún tipo de ceremonia. Estas podrían haber revestido, debido a su restringido y para nada sencillo y público acceso, un carácter tal vez más reservado o privado.

Es importante mencionar que en espacios abiertos como estos últimos que hemos mencionado, es donde el *Tawantinsuyu* llevaba a cabo toda clase de ceremonias y rituales. Este tipo de eventos y prácticas, donde se desplegaban toda clase de recursos teatrales y que contaban con una gran espectacularidad, eran una característica clave de los inkas en sus conquistas provinciales.

Los inkas estaban, de este modo, relacionados al control de los sectores públicos. Esta situación los relaciona también con el control del ceremonial y el ritual. Esto es muy importante teniendo en cuenta que en los Andes lo cognitivo e ideológico están explícitamente incorporados en las esferas económicas y sociales, donde la actividad ritual tiene implicancias económicas y lo ceremonial se articula con lo material (Henderson y Netherly 1993 en Uribe 2004).

El *Tawantinsuyu* adquiere un control total del ceremonial público, y en estas ceremonias despliega toda su parafernalia simbólica. En estas ceremonias de carácter público se reproducían y legitimaban concepciones religiosas y sociales que solidificaban el poder del Imperio. Y a través de estas performances rituales los espacios públicos adquieren significados y su asociación con determinada simbología. En estas ceremonias, poderosos significados asociados a espacios físicos son creados y activados (Lawrence y Low 1990).

Debemos recordar que, no casualmente, es en las provincias donde se encuentran la mayor cantidad de santuarios de altura. Si bien la veneración a los cerros es una tradición panandina anterior a los inkas, la construcción de estos santuarios en las mismas montañas es una práctica que comienza con el Imperio. Estos cuentan con plataformas ubicadas en cerros que superan los 5000 metros de altura, donde se llevaban a cabo ofrendas y sacrificios humanos. Los sacrificados eran generalmente niños y su muerte se producía en el marco del ritual de la *capac hucha*. Este ritual integraba las distintas partes del imperio, ya que los niños eran conducidos desde Cusco hacia los distintos santuarios y puede ser visto incluso como una lógica extensión del sistema de *ceques* de Cusco (Bauer 1998: 154).

En las ceremonias que se pudieron haber desarrollado en la plaza de La Huerta, las personas que habitaban fuera del sector central Inka del sitio, solo pudieron acceder con el consentimiento de aquellos que ostentaban el control político y militar. Este espacio donde se representaban principios fundamentales en la reproducción de la vida andina, se encontraba restringido tanto en su acceso como en su visibilidad para aquellos que se encontraban fuera de la esfera inkaica.

El Imperio se relaciona con los aspectos sagrados y religiosos de la vida andina. Se apropia de espacios, mitos, leyendas, y se transforma en el nexo entre las sociedades conquistadas y los dioses. Se hace parte de la historia de los conquistados, situándose en un lugar sagrado o divino. El nuevo orden se hace patente y se reproduce en las ceremonias donde los Inkas aparecen relacionados con las fuerzas sobrenaturales.

Vemos, entonces, en La Huerta que la instalación del sector público inkaico se realiza en un lugar vecino al que era originalmente habitado por la población local. Esta vecindad no hace más que reforzar la imagen de superioridad del Estado, ya que se instala contiguamente pero remarcando de un modo explícito las diferencias que existen entre ambos mundos. Mediante una arquitectura de una escala superior a la conocida, nuevas formas de concebir el espacio y la imposición de límites visuales y de acceso, se realza el dominio político, social y religioso que impuso el *Tawantinsuyu*.

Este tipo de división entre sectores propios de conquistadores y conquistados, presenta evidencias en distintos lugares del Imperio. Una de las más impresionantes es la que se da en Chagua o Maucallajta, en el altiplano del sur de Bolivia donde “una muralla baja divide el área intramuros en dos sectores claramente definidos. A partir de esa muralla, comienza la arquitectura cuzqueña, la cual se diferencia ostensiblemente de las estructuras locales o chichas” (Raffino 1993a: 178). En este sitio la arquitectura cusqueña, de pirca bien trabajada, se encuentra mucho mejor conservada que la local, chicha, muy deteriorada.

Fundamentalmente, como hemos tratado de argumentar a lo largo de todo el trabajo y como se observa mediante los distintos puntos que abordamos, lo que hizo el

Imperio Inka fue resignificar y reestructurar la espacialidad del sitio. El Imperio reestructuró la espacialidad del sitio y las experiencias de la gente en el mismo, al tiempo que promovía la imposición de su ideología como medio de dominación y control.

El Edificio 1 como símbolo del poder imperial

El Edificio 1 (Figuras 19, 20 y 21), el cual es el máximo exponente de la arquitectura desarrollada por el *Tawantinsuyu* en La Huerta, representa un caso único en toda la región de la Quebrada de Humahuaca. Su tamaño y forma no encuentran ninguna clase de similitud o equivalencia en los distintos sitios con ocupación inkaica en la zona. Cabe destacar que su alta calidad constructiva sólo es comparable con otros recintos (R 204, etc.) del sector inka que poseen la mejor arquitectura del sitio. Estos se encuentran al este del sitio, del otro lado de la cárcava que lo atraviesa.

Por otra parte el edificio en cuestión se encuentra ubicado prácticamente en el centro del poblado. Esta característica, sumada a su tamaño y altas paredes, le otorga la particularidad de poder ser observado a la distancia desde los distintos sectores del sitio, incluidos aquellos de filiación no inkaica (B y C). “Observando desde la parte sur son visibles las intenciones escenográficas, consumadas mediante la elevación artificial de todo el cuerpo y realizadas por la imponente de las jambas que limitan el vano de acceso” (Raffino y Alvis 1993: 69).





Figuras 19,20 y 21: Fotografías del Edificio 1 de La Huerta.

Esta clase de edificios públicos, construidos bajo la dirección de los administradores del poder imperial, exhibían, testimoniaban, difundían los valores e

ideas sostenidos por el *Tawantinsuyu*, cuyos significados debían ser comprendidos por la sociedad en su conjunto (Moore 1996). Los pobladores locales de La Huerta, y la región en general, debieron, en pos de comprender estos nuevos símbolos, esta nueva espacialidad, ser de alguna forma reeducados o resocializados (Acuto 1999a)

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que una construcción de esta magnitud debió haber impactado de gran modo y a diferentes niveles sobre las percepciones que los pobladores preinkaicos del sitio tenían sobre el paisaje, sobre el lugar que habitaban. Estas personas se movían dentro de un paisaje bastante homogéneo, en un contexto de recintos de similar forma, en el que ninguno, a pesar de las evidentes diferencias, sobresalía por su tamaño y donde no observamos destacables diferencias internas, ni arquitectura de gran escala o pública. Estos grupos de gente, ahora viviendo bajo el dominio de un nuevo poder, se encontraron con una imponente y novedosa estructura que modificaba largamente su visión y percepción sobre ese espacio. Y no nos referimos únicamente al impacto que tal estructura pudo haber tenido tan solo desde un punto de vista arquitectónico, sino a los significados que esta conllevaba. A las relaciones sociales que representaba al tiempo que reproducía. El sitio donde esta gente había nacido y vivido cambiaba drásticamente de aspecto, lugares familiares contaban ahora con significados radicalmente distintos y dejaban de ser accesibles cotidianamente.

Las ideas que los inkas traían consigo, las nuevas relaciones sociales, políticas y económicas que promovían, su cosmología, se imponían sobre la población local y comenzaban a aparecer como naturales, como dadas. Vemos de esta manera como es aquí, donde la reestructuración espacial del sitio, los cambios en la experiencia social de los individuos en el espacio, cobran un papel fundamental, reproduciendo a la vez que produciendo nuevas relaciones sociales y espacialidades. Prácticas sociales vinculadas al poder e ideología imperiales se ven plasmadas, obtienen su correlato material, en estas nuevos espacios, rituales y edificaciones.

Discusión

Esto me lleva a repensar la situación de La Huerta antes de la conquista incaica. La visión acerca del sitio es la de una cabecera regional, que controlaba las tierras productivas de la quebrada troncal y las laterales, un polo de poder que ejercía algún tipo de control político sobre los sitios más pequeños (Palma 1998). Esta se daba en el marco de un Período Tardío signado por una competencia entre sitios y una situación de conflicto bélico endémico producto de un importante crecimiento demográfico y de la competencia por bienes de subsistencia (Nielsen 1996; Palma 1998, 2000). Esta postura que sugiere que durante el Período Tardío se habría dado en la Quebrada de Humahuaca una creciente estratificación social y situaciones de competencia por liderazgos (Palma 2000) se basa en varios y diferentes estudios. Estos se centran en la existencia de jerarquías entre sitios (Palma 1991, 1998; Albeck 1992), el análisis de rangos en la funebria (Palma 1993) y estudios de explotación económica (Olivera y Palma 1986; Nielsen 1988, 1989; Hernández Llosas 1991; Albeck 1992).

A pesar de la situación descrita para este marco espacio temporal, la única evidencia de arquitectura de relevancia pública que se encontraría del Período Tardío en toda la región sería el llamado complejo A de Los Amarillos (Nielsen 1995). Por su parte, el sector B, de predominante arquitectura local, de La Huerta, que habría sido habitado durante todo el lapso temporal de ocupación del sitio, cuenta entre sus características relevantes una escasa complejidad estructural, un alto grado de conexión intra-sector, con ocupantes sin un estatus especial, realizando actividades cotidianas y enmarcados en una estructura social no estratificada (Fernández Do Río 2001). No hay entonces en La Huerta evidencia de segregación social o jerarquías en el Período Tardío a un nivel tanto espacial como arquitectónico (edificios destacados, plazas, etc.). Por otra parte no existe evidencia en este sector de tumbas jerarquizadas (Palma 1993) lo que estaría apoyando la visión que entrega la arquitectura y el análisis del resto de la cultura material. En resumen no encontramos en el sector B de La Huerta ningún tipo de diferenciación interna tanto a nivel arquitectónico como en cuanto a la cultura material y las inferencias de actividades que podamos hacer en base a ella. No hay evidencia de cualquier división entre una elite y gente del común. Por su parte, aunque Nielsen

(1996) menciona la existencia de bienes rituales o de prestigio durante la fase Pukara de su cronología, la cual corresponde al final del Período Tardío 1360-1430 d.C., no deja de destacar su baja ubicuidad.

Por lo tanto no consideramos que esta evidencia sea suficiente, como proponen otros autores, para hablar de grupos de elites en el Tardío, ni de alianzas a un nivel macrorregional (Nielsen 1996), así como tampoco de una división de la Quebrada de Humahuaca en dos entidades diferenciadas, con Tilcara en el Sur y Los Amarillos en el Norte como cabeceras políticas, cuyo límite sería el Angosto de Perchel. Sino que creemos que estas interpretaciones son producto de la extrapolación de situaciones propias del periodo postconquista española, reveladas por estudios etnohistóricos (Sánchez y Sica 1991, 1992/93; Sica y Sánchez 1992), a contextos preinkaicos. Las descripciones de los cronistas europeos corresponden a poblaciones que fueron atravesadas por más de 100 años de dominio por parte del aparato político y militar más grande que haya conocido este hemisferio. Pretender que los relatos de los cronistas, la información para nada desinteresada que los habitantes originarios de estas tierras le brindaron, dan real cuenta de las estructuras sociales y políticas que existían en la región antes del arribo del *Tawantinsuyu*, es otorgarle a estos documentos una importancia desmedida y en alguna medida pecar de ingenuidad.

A su vez creemos también que muchas de las ideas que se elaboraron sobre el periodo de Desarrollos Regionales en Argentina, están construidas a partir de evidencia arqueológica recuperada en contextos inkaicos. Las visiones sobre el Tardío se encuentran en muchas ocasiones basadas, como ya mencionamos, en documentos etnohistóricos o en trabajos sobre sitios con componentes inkaicos. Son pocas las interpretaciones sobre el Tardío elaboradas a partir de investigaciones desarrolladas especialmente para ese fin.

La Huerta en el Tardío, una visión alternativa

Basado en estos puntos creemos que La Huerta pudo haber sido durante el Período Tardío un sitio de menor tamaño de lo que hasta ahora se pensaba y no una cabecera regional en pugna por el control de la quebrada troncal y sus recursos. Consideramos que la mayor parte de su superficie construida es producto de un crecimiento que debió darse en mayor medida bajo el control inkaico de la región. Fue el Imperio Inka el que promovió su gran desarrollo y con el que el sitio alcanzó las dimensiones que hoy podemos observar.

Con el notable crecimiento de La Huerta, impulsado por el *Tawantinsuyu*, y el simultáneo decrecimiento del que fueron objeto grandes conglomerados del Tardío como Los Amarillos, se produjo una relocalización en el espacio del poder político a nivel regional. El poder circulaba ahora, bajo el dominio inkaico, no solo por otras manos y en una forma y escala desconocida hasta ese momento, sino por otros lugares, por otros espacios.

Los inkas, en su llegada a la Quebrada de Humahuaca, crearon y perpetuaron nuevas jerarquías sociales. Promovieron liderazgos de un tipo y tamaño hasta entonces inédito en la región. Grupos de individuos asociados al poder conquistador habrían conformado una elite, configurando una situación sin precedentes. Consideramos que las jerarquías anteriores a la conquista Inka debieron ser bastante laxas y temporales, poderes no institucionalizados. Estos eran liderazgos que surgían en determinado tipo de situaciones, como por ejemplo ante la inminencia de un posible conflicto. Estos jefes debieron tras la conquista inkaica, manejar las fuerzas productivas de su pueblo según las disposiciones del nuevo poder y es aquí donde el Imperio revistió a estas personas de una jerarquía institucionalizada que les permitió movilizar a su gente en pos del beneficio inkaico.

Las tumbas del Edificio 2, las que contienen el más rico ajuar de todo el sitio, podrían estar dando cuenta de esta situación, que no remite necesariamente a la existencia de un grupo detentando el poder anteriormente a los inkas. Sino que, en este

caso, podría tratarse de un *curaca* local cuyo poder esta dado por la posición y la jerarquía que le otorgo el *Tawantinsuyu*.

Finalmente consideramos, en cuanto a la relación entre los inkas y sus dominados a un nivel puramente económico, que el *Tawantinsuyu* no transforma radicalmente la base material de la producción, sino que lo que hace es modificar la organización social de la misma. Las técnicas y los medios de producción así como los bienes producidos no sufren grandes cambios entre el Periodo Tardío y el Inka en comparación a los que sufren las relaciones sociales de producción. El trabajo es de la misma naturaleza, pero se hace más intenso y continuo. Observamos que lo que aumenta en gran modo es la explotación de la fuerza de trabajo. Estas observaciones no implican el desconocimiento del, antes mencionado, notable incremento de la producción de tejidos, donde La Huerta se habría convertido en el centro administrativo responsable de controlar y sostener la *mit'a* textil (Palma 1998: 60)

Como explica Mauricio Uribe (2004) para el norte chileno “el *Tawantinsuyu*, por lo tanto, se apropia de la fuerza de trabajo y la producción de las unidades domésticas como un excedente que es manejado por los segmentos ya diferenciados de la población local, que ahora se convierten en administradores, incluso políticos e ideológicos. Pero, para que esto tuviera un real sentido y una respuesta positiva por parte del resto de la población y las elites pudieran actuar a favor del Estado, se debió generar un amplio control de la conciencia social a través de la participación ideológica en la formación económica y social del Imperio” (Uribe 2004: 16)

Podemos observar como en términos de historia y de sociedad suprimir elementos de una relación significa una lucha social, tensiones, conflictos, oposiciones de ideas y valores, en resumen cambios socioculturales orientados (Godelier 1987). Vemos como de algún modo el Imperio Inka conserva un modo de producción, el cual se intensifica, a la vez que suprime relaciones sociales previas, instaurando nuevas relaciones sociales de producción.

Palabras finales

Creemos, finalmente, haber cumplido los objetivos que nos planteamos al comienzo de este trabajo. Hemos abordado la espacialidad de la dominación Inka en la Quebrada de Humahuaca desde una perspectiva pocas veces tratada, abandonando las consideraciones puramente tipológicas y funcionales sobre la arquitectura y el espacio. Intentando comprender la forma en que las personas experimentaron y percibieron el espacio que habitaron en el pasado.

Hemos visto como la espacialidad y las acciones y relaciones sociales se constituyen en una relación dialéctica, en un tiempo y lugar histórico particular. Y como se hace patente la necesidad de incluir el análisis del espacio al abordar problemáticas sociales, como la expansión, dominación y poder del *Tawantinsuyu*.

Luego de llevar adelante nuestros análisis se nos hace claro que el Imperio Inka impuso una nueva espacialidad sobre las poblaciones conquistadas, reestructurando y resignificando el paisaje socialmente construido. La imposición de esta espacialidad ideológicamente constituida produce y reproduce las relaciones de dominación y poder promovidas por el Imperio. El *Tawantinsuyu* introduce en la sociedad local nuevas prácticas, nuevas jerarquías y un nuevo modo de vivir.

Consideramos a este trabajo como una primera aproximación a la problemática antes mencionada, que se vera reforzada con futuras investigaciones en la región. Creemos que es necesario para entender el carácter que adquirió la dominación inkaica en la zona, promover nuevos trabajos que ayuden a desentrañar las particularidades de la espacialidad y las relaciones sociales propias de las sociedades del Período Tardío. Asimismo pensamos que es fundamental continuar con los trabajos de excavación en La Huerta, ya que éstos nos auxiliaran en la tarea de comprender como era éste en el Tardío y como el Imperio modificó la espacialidad del sitio.

Pensamos que el análisis espacial y arquitectónico, si bien puede desarrollarse independientemente, adquiere su mayor potencial al relacionarse con información contextual recuperada en excavaciones. Es decir que debemos considerar nuestra

práctica como el estudio de una sociedad en su conjunto y no como compartimentos separados. Nuestros argumentos cobrarán más fuerza si tenemos en cuenta la mayor cantidad y variedad de información y no si solo nos atamos a una evidencia o tecnología en particular.

Indice

Introducción	1
Marco ambiental y geográfico	3
Marco teórico	8
La espacialidad en arqueología	13
La expansión imperial y la construcción del paisaje en el Kollasuyu	17
La Quebrada de Humahuaca. Modelos arqueológicos y cronológicos	25
La Huerta de Huacalera	30
Objetivos e hipótesis de la investigación	40
Metodología	42
Trabajos realizados en el campo	45
Resultados de los sondeos	49
Discusión de los resultados	57
Análisis de la espacialidad en La Huerta	60
Diferencias en la distribución espacial	60
División entre el mundo inka y no inka	64
El Edificio 1 como símbolo del poder imperial	70
Discusión	73
La Huerta en el Tardío, una visión alternativa	75
Palabras finales	77
Indice	79
Indice de figuras	80
Bibliografía	81

Indice de figuras

Figura 1: Imagen satelital del sector medio de la Quebrada de Humahuaca	4
Figura 2: Carta topográfica de Huacalera	6
Figura 3: Mapa del Imperio Inka	18
Figura 4: Plano de Huánuco Pampa	20
Figura 5: Sitios del período de Desarrollos Regionales Temprano	26
Figura 6: Sitios del período de Desarrollos Regionales Tardío	27
Figura 7: Sitios del período Inka	28
Figura 8: Plano de La Huerta	31
Figura 9: Plano de La Cárcava	32
Figura 10: La Huerta, división en sectores	37
Figura 11: Planta del Edificio 1	38
Figura 12: Fotografía de la escalinata de acceso al R 582 en el Edificio 1	38
Figura 13: Plano de La Huerta con sondeos realizados y recintos excavados	46
Figura 14: Fotografía del R 181	47
Figura 15: Plano del sector de la plaza, con detalle de sondeos y <i>jambas</i>	58
Figura 16: Fotografía del Edificio 1	62
Figura 17: Fotografía del R 204	63
Figura 18: Fotografía del camino Inka frente a La Huerta	65
Figuras 19, 20 y 21: Fotografías del Edificio 1	70 y 71

Bibliografía

Acuto, F.

1999a. Paisajes cambiantes. La dominación Inka en el Valle Calchaquí Norte (Argentina). *Revista do museu de Arqueología y Etnología*. Anais da 1º reuniao Internacional de Teoría Arqueología na América do Sul. 143-157.

1999b. Paisaje y dominación: La constitución del espacio social en el Imperio Inka. *Sed Non Satiata. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*. Ed. A Zarankin y F.A. Acuto. 33-76. Ediciones del Tridente. Buenos Aires.

Acuto, F., Aranda, C., Jacob, C., Luna L. y M. Sprovieri

2004. El impacto de la colonización Inka en la vida social de las comunidades del Valle Calchaquí Norte. *Revista Andina* 39. 179-201. Centro de Estudio Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas. Cuzco, Perú.

Albeck, M. E.

1992. El ambiente como generador de hipótesis sobre dinámica socio cultural prehispánica en la Quebrada de Humahuaca. *Cuadernos*. 95-106. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy.

Althusser, L.

1988. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. Nueva Visión, Buenos Aires.

Ashmore W. y B. Knapp

1999. Archaeological landscapes: constructed, conceptualized, ideational. *Archaeologies of landscape. Contemporary perspectives*. 1-30. Ashmore W. y B. Knapp eds. Blackwell Publishers. Oxford.

Bauer, B.

1998. *The sacred Landscape of the Inca. The Cusco Ceque System*. University of Texas Press. Austin.

Bauer, B. y C. Stanish

2001. *Ritual and Pilgrimage in the Ancient Andes. The Islands of the Sun and the Moon*. University of Texas Press. Austin.

Bennet, Belier y Sommer

1948. Northwestern Argentine Archaeology. *Yale University Publication in Anthropology*, N°38. New Haven.

Binford, L.

1988. *En busca del pasado*. Crítica. Barcelona.

Capizzi, L.; S. Fernandez Do Rio; C. Jacob; I. Leibowicz; M.A. Runcio y M. Sprovieri

2005. Rescate arqueológico de estructuras funerarias en La Huerta de Huacalera, Quebrada de Humahuaca, Jujuy. *Prolegómenos VI*. Centro de Estudios en Ciencias Sociales y Naturales de Chivilcoy. Chivilcoy.

Castro-Gomez, S.

“Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología.” En: <http://www.campus-oei.org/salactsi/castro3.htm>

Cobo, B.

1956. *Historia del Nuevo Mundo [1653]*. En *Obras del P. Bernabé Cobo de la Compañía de Jesús*. Ed. P. Francisco Mateos. Biblioteca de Autores Españoles, vols. 91 y 92. Ediciones Atlas. Madrid.

Conrad G. y A. Demarest.

1984. *Religión e Imperio. Dinámica del expansionismo azteca e inca*. Alianza. Madrid.

Cornejo, L.

1999. Los Inka y la construcción del espacio en Turi. *Estudios Atacameños* 18: 165 – 176

Cosgrove, D.

1984. *Social formation and symbolic landscape*. Croom Helm. London

Dant, T.

1999. *Material Culture in the Social World*. Open University Press. Buckingham.

Debenedetti, S.

1918. La XIV Expedición Arqueológica de la Facultad de Filosofía y Letras. Nota preliminar sobre los yacimientos de Perchel, Campo Morado y La Huerta. *Publicaciones del Museo Etnográfico* 17. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Buenos Aires.

De Certeau, M.

1984. *The Practices of Everyday Life*. Berkeley, CA: University of California Press.

De Marrais, E., L. Castillo y T. Earle

1992. Ideology, Materialization and Power Strategies. *Current Anthropology* 37: 15-31.

Difrieri, H.

1978. Aspectos de la vegetación de altura y el Jardín Botánico de Tilcara. *Entregas del Instituto Interdisciplinario Tilcara* 2.

Eagleton, T.

1997. *Ideología. Una introducción*. Paidós. Barcelona.

Eeckhout, P.

2004. Reyes del sol y señores de la luna. Inkas e Ychsma en Pachacámac. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*. Volumen 36, Nº 2. 495-503.

Fernández do Río, S.

2001. Tesis para optar al grado de Licenciada en Ciencias Antropológicas, orientación Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Inédita.

Foucault, M.

1976. *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI. Buenos Aires.

Gallardo, F., M. Uribe y P. Ayala

1995 Arquitectura Inka y poder en el pukara de Turi. *Gaceta Arqueológica Andina*, 24(VII): 151-172.

Godelier, M.

1976. *Antropología y Economía. ¿Es posible una Antropología Económica?*

1980. El proceso de formación del Estado. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. Nro.4.UNESCO.

1987. El análisis de los procesos de transición. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. Nro.114.UNESCO.

González, A.R.

1980. Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del Imperio. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14: 63-82. Buenos Aires.

Hayden, D.

1997 Urban Landscape History: The Sense of Place and the Politics of Space. En *Understanding Ordinary Landscapes*, editado por P. Groth y T. Bressi, pp. 111-133. Yale University Press, New Haven and London.

Hernández Llosas, M. I.

1991. Modelo procesual acerca del sistema cultural humahuaca tardío y sus modificaciones ante el impacto invasor europeo: implicaciones sobre las representaciones rupestres. *El arte rupestre en la arqueología contemporánea*. Ed. por M.M. Podestá, M.I. Hernández Llosas y S.F. Renard de Coquet. 53-65. Buenos Aires

Hillier, B. Y J. Hanson

1984. *The social logic of space*. Cambridge University Press. Cambridge.

Hodder, I.

1986. *Interpretación en Arqueología*. Crítica. Madrid.

Hyslop, J.

1990. *Inka Settlement Planning*. University of Texas Press. Austin.

Jacob, C. e I. Leibowicz

2005. Recobrando su protagonismo: Conservación de objetos de madera en el sitio La Huerta (Pcia. De Jujuy). *Actas del 1º Congreso Argentino de Arqueometría*. Rosario. 2005.

Kelly, R.

1995. *The foraging spectrum. Diversity in hunter-gatherer lifeways*. Smithsonian Institution Press. Washington and London.

King, A.D.

1984. The social production of building form: theory and research. *Environment and Planning D: Society and Space*, volume 2. 429-446. London

Lafón, C.R.

1954. Arqueología de la Quebrada de La Huerta, Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy. *Publicaciones del Instituto de Arqueología*, vol. 1. Facultad de Filosofía y Letras, UBA

1956. El Horizonte incaico en Humahuaca. *Anales de Arqueología y Etnología*. Tomo XII: 63 – 74.

Lawrence, D. y S. Low

1990. The built environment and spatial form. *Annual Review of Anthropology*, 19. 453-505.

Leone, M.

1983. Interpreting Ideology in Historical Archaeology. Using the Rules of Perspective in the William Paca Garden in Annapolis, Maryland. En *Ideology, Power and Prehistory*. (Eds.) D. Miller y C. Tilley. 25-35, Cambridge University Press.

1998. Symbolic, structural and critical archaeology. En *Reader in Archaeological Theory. Post-procesual and Cognitive Approaches*. (Ed.) D. S. Withley. 49-68. Londres.

Lorandi, A. M. y M. del Río

1992. *La etnohistoria. Filogénesis y transformaciones. Sociedades Andinas*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

Lynch, T.

1993. The identification of Inca post and roads from Catarpe to Rio Frio, Chile. En *Provincial Inca. Archaeological and Ethnohistorical Assessment of the Impact of the Inca State*. Michael A. Malpass ed. University of Iowa Press. Iowa City.

McGuire, R.

1988. Dialogues with the Dead: Ideology and the Cemetery. En *The Recovery of Meaning*. Ed. M. Leone y P. Potter. 435-480. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

Meskel, L.

1996. The Somatization of Archaeology: Institutions, Discourses, Corporeality. *Norwegian Archaeological Review* 29(1):1-16.

Meyers, A. y C. Ulbert

1997. Inka Archaeology in the Eastern Bolivia: Some Aspects of the Samaipata Project. *Tawantinsuyu: An International Journal of Inka Studies* 3:80-85

Miller, D. y C. Tilley

1983. Ideology, Power and Prehistory: an introduction. En *Ideology, Power and Prehistory*. (Ed.) D. Miller y C. Tilley. 1-15, Cambridge University Press.

Moore, J.

1996. *Architecture and Power in the Ancient Andes*. Cambridge University Press.

Morris, C.

1973. Establecimientos estatales en el *Tawantinsuyu*: Una estrategia de urbanismo obligado. *Revista del Museo Nacional*. Tomo 23: 127 – 143. Lima, Perú.

1987. Arquitectura y estructura del espacio en Huánuco Pampa. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:27-45. Buenos Aires.

Morris, C. y D. Thompson

1985. *Huánuco Pampa: An Inca city and its hinterland*. Thames and Hudson. London.

Nielsen A.E.

1988. Un modelo de sistema de asentamiento prehispánico en los valles orientales de Humahuaca, provincia de Jujuy, República Argentina. *Comechingonia* 6. 127-155.

1989. La ocupación indígena del territorio humahuaca oriental durante los periodos de desarrollos regionales e inka. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. MS

1994. Aportes al estudio de la producción agrícola Inka en la Quebrada de Humahuaca. *XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Antofagasta, Chile. MS

1995. Architectural performance and the reproduction of social power. *Expanding Archaeology*: 47-66. University Utah Press. Utah.

1996. "Demografía y cambio social en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy-Argentina), 700- 1535 dC". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo XXI (Buenos Aires): 307-354

Nielsen A.E. y W.H. Walker

1999. Conquista ritual y dominación política en el *Tawantinsuyu*: el caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina). *Sed Non Satiata*. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea. Ed. A Zarankin y F.A. Acuto. 153-169. Ediciones del Tridente. Buenos Aires.

Niles, S.

1992. Inca Architecture and Sacred Landscape. En *The Ancient Americas: Art from Sacred Landscapes*, Ed. R. Townsend. 346-57. The Art Institute of Chicago. Chicago.

Olivera, D. y J. Palma

1986. Sistemas adaptativos prehispánicos durante los períodos agroalfareros de la Quebrada de Humahuaca, Jujuy, R.A. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*. Vol. 11. 75-98.

Palma, J.

1987/89. Proceso Cultural Agroalfarero Prehispánico en la Quebrada de Humahuaca. Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. MS

1991. Arquitectura Inka Provincial en Peñas Blancas, Quebrada de Humahuaca. *Comechingonia*. Nº 7. 5-13

1993. Aproximación al estudio de una sociedad compleja: un análisis orientado en la funebria. *Arqueología* 3: 41-68, Sección Arqueología. I.C.A. Facultad de Filosofía y Letras. UBA

1996. Estructuras de descarte en un poblado prehispánico de la Quebrada de Humahuaca. *Arqueología* 6: 47-67. Sección Arqueología. I.C.A. Facultad de Filosofía y Letras. UBA

1998. *Curacas y señores*. Instituto Interdisciplinario de Tilcara.

2000. Urbanismo y complejidad social en la región humahuaca. *Estudios Sociales del NOA* 3. 31-37. Instituto Interdisciplinario de Tilcara.

2005. Prehispanic Use of Domestic Space at La Huerta de Huacalera. *Andean Past* 8. En Prensa.

Palma, J., S. Fernández Do Río, M.A. Runcio y L. Capizzi.

2005. Museo Arqueológico e Histórico de Huacalera: Un aporte a la identidad local. *Prolegómenos VI*. Centro de Estudios en Ciencias Sociales y Naturales de Chivilcoy. Chivilcoy.

Pauketat, T.

2000. The Tragedy of Commoners. *Agency in Archaeology*. Ed. Dobres, M-A., & J. Robb. 113-129. Routledge, Londres & Nueva York.

Raffino, R.A.

1981. *Los Inkas del Kollasuyu*. Ramos Americana Editores. La Plata

1988. *Poblaciones indígenas de Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*. T.E.A. Buenos Aires.

1993. *Inka. Arqueología, historia y Urbanismo del Altiplano Andino*. Corregidor. La Plata

1993a. El dominio Inka en el altiplano de Bolivia. En: *Inka. Arqueología, historia y Urbanismo del Altiplano Andino*. 169-212. Corregidor. La Plata

1993b. Al Este del paraíso. En: *Inka. Arqueología, historia y Urbanismo del Altiplano Andino*. 213-234. Corregidor. La Plata

1993c. Sobre conquistadores y conquistados. En: *Inka. Arqueología, historia y Urbanismo del Altiplano Andino*: 299-318. Corregidor. La Plata

Raffino, R.A. y R. Alvis

1993. Las ciudades inka en Argentina: arqueología de La Huerta de Humahuaca. El sistema de poblamiento prehispánico. En: *Inka. Arqueología, historia y Urbanismo del Altiplano Andino*. 37-76. Corregidor. La Plata

Raffino, R.A. y J. Palma

1993. Las ciudades inka en Argentina: arqueología de La Huerta de Humahuaca. Los artefactos. En: *Inka. Arqueología, historia y Urbanismo del Altiplano Andino* 93-129. Corregidor. La Plata.

Rostworowski, M.

1992. *Pachacamac y el Señor de los Milagros. Una trayectoria milenaria*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Sánchez, S. y G. Sica

1991. Algunas reflexiones acerca de los Tilcaras. *Avances en Arqueología* 1. 81-99.

1992/93. Curacazgo y territorios en la Quebrada de Humahuaca. El Pleito por la sucesión en el curacazgo de Uquía. S. XVII-XVIII. *Avances en Arqueología* 2. 36-55.

Schreiber, K.

1993. The Inca occupation of the province of Andamarca Lucanas, Peru. En *Provincial Inca: Archaeological and Ethnohistorical Assessment of the Impact of the Inca State*. Michael A. Malpass ed. University of Iowa Press. Iowa City.

Shanks, M.

2000. Culture/Archaeology. The Dispersion of a Discipline and its Objects. En: *Archaeological Theory Today*, Ed. por I. Hodder, pp. 284.-305. Polity Press, Cambridge

Shanks, M. y C. Tilley

1987 *Social Theory and Archaeology*. Polity Press, Cambridge.

Sica, G. y S. Sánchez

1992. Testimonio de una sociedad en transición: el testamento de un curaca. *Cuadernos* 3. 53-62. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.

Silverblatt, I.

1987 *Moon, Sun, and Witches*. Princeton University Press, Princeton.

Sinopoli, C.

1994. The Archaeology of Empires. *Annual Review of Anthropology*, 23. 159-80.

Soja, E.

1985. The spatiality of social life: Towards a transformative retheorisation. *Social relations and spatial structures*. Gregory, D. Y J. Urry (eds.). 90-127. Mac Millán. London.

1989 *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. Verso. London and New York.

Thomas, J.

1993. The hermeneutics of megalithic space. *Interpretative Archaeology*. 73-97. C. Tilley (ed.). Berg Publishers, Oxford.

1996. *Time, Culture and Identity*. Routledge, London.

2001. Archaeologies of place and landscape. En Hodder, I.(ed.): *Archaeological Theory Today*. 165-186. Cambridge Polity.

Tilley, C.

1994 *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths and Monuments*. Berg Publishers, Oxford

Trigger, B.C.

1993. Marxism in Contemporary Western Archaeology. *Archaeological Method and Theory*, 5. 159-200.

Uribe Rodríguez, M.

2004. El Inka y el poder como problemas de la arqueología del norte grande de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*. Volumen 36, N° 2: 313-324.

Van de Gutche, M.

1999. The Inca cognition of landscape: archaeology, ethnohistory and the

aesthetic of alterity. *Archaeologies of landscape. Contemporary perspectives*.149-168.
Ashmore W. y B. Knapp eds. Blackwell Publishers. Oxford.

Warnier, J.P.

2001. A praxeological approach to subjectivation in a material world. *Journal of Material Culture*. SAGE Publications, London, Thousand Oaks, CA and New Delhi.

Zevi, B.

1951. *Saber ver la arquitectura. Ensayo sobre la interpretación espacial de la arquitectura*. 19-40. Poseidon. Madrid.

Zizek, S.

2003. *Ideología, un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica. México.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas